La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 22 de septiembre de 1890 — Núm. 456

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL FAVORITO, grupo escultórico de G. van der Straeten

SUMARIO

Texto. – *El salto de la liebre* (*episodio naturalista*), por A. Sánchez Pérez. – SECCIÓN AMERICANA: *Una vuelta por México*, escrito é ilustrado por E. Hopkinson Smith, traducido por E. L. Verneuill. – *El* DO *de pecho*, por L. Cánovas – *¡Se parece á Voltaire!*, por F. Moreno Godino. – *El ferrocarril transsahárico; las aguas, las aunas, los habitantes.* – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Tranvía eléctrico en Londres. – La primera ejecución eléctrica. – Los puentes de hierro desde el punto de vista estético*, por F. Reuleux. – *Toda una juventud* (continuación), por Francisco Copée. Ilustraciones de Emilio Bayard. Grabado de Huyot. – *Nuestros grabados.* – Noticias varias. – Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores. – Advertencias.

Grabados. – *El favorito*, grupo escultórico de G. van der Straeten. – *Mercado del Canal; Iglesia de la parroquia, en Guanajuato; El patio de un bienhechor; Carretera de Aguas Calientes; Estaciones de la Cruz; Una calle de Aguas Calientes; Arcadas de Aguas Calientes; En torno de los confesonarios*, ocho grabados correspondientes al artículo titulado *Una vuelta por México.* – *Virgen adorando al Niño Jesús*, relieve en mármol de Mino da Fiesole, existente en el Museo de Berlín. – *Contemplación*, tomado de «The Illustrated Sporting and Dramatic News.» – *Después de la corrida*, cuadro de don Juan de Guzmán. – Tranvía eléctrico de Londres. – Figuras 1 y 2. Primera ejecución eléctrica y actitud del condenado á muerte Kemmler en el momento de su ejecución. – Fig. 1. Puente de Kirchenfeld, en Berna. – Fig. 2. Pila central del puente de Kirchenfeld, en Berna. – *El estreno de un sombrero.*

EL SALTO DE LA LIEBRE

(EPISODIO NATURALISTA)

Liborio tenía muchos amigos, muchos; no podían contarse, como dice de los Sumos Pontífices el personaje de *Los Hugonotes* (*Los Hugonotes* de Miguel Echegaray, por supuesto). Y no es en verdad maravilla que fuesen muy numerosos los amigos de Liborio, del Puente y Torcida, por más señas; era muy rico, daba bien de comer y fumaba legítima regalía británica *extra*, y con fumar tan excelentes tabacos nunca dejaba de poner en práctica la máxima famosa del barón de Andilla:

El que entre amigos el cigarro saca,
Debe ofrecer, al punto, la petaca.

La petaca y los cigarros y el corazón ofrecía Liborio, y lo ofrecía todo con sinceridad, y lo daba con alegría; porque, fuera de su mujer, á quien profesaba un cariño rayano en adoración, lo que él más quería en este mundo eran sus amigos, y no lograban desarraigar ese afecto suyo las exhortaciones constantes de un señor Sancho, tío de Liborio por parte de madre, el cual Sancho recordaba sin cesar á su sobrino el conocidísimo dístico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
témpora si fuerint núbila, solus eris,

y no descansaba en la tarea de convencer á Liborio de que sus amigos no eran tales amigos, sino aduladores que lo explotaban y gorrones que se burlaban de él y comían y bebían y fumaban á su costa; á la de Liborio, quiero decir, y eso quería decir Sancho.

– Pero, bobo de Coria, solía exclamar éste, ¿á santo de qué, ni con qué motivo habían de profesarte amistad verdadera todos esos gandules? Cuando son contados, muy contados, los hombres que consiguen hallar en toda su vida un amigo leal, ¿por qué razón habías de ser tú bastante afortunado para hallarlos á centenares? ¿No comprendes, alma de cántaro, que eso va de todo en todo contra la naturaleza misma de las cosas?

– ¿Yo aduladores, tío? ¿Yo cortesanos?, replicaba Liborio ¿Por qué he de tenerlos? Soy rico, es cierto; pero observe V. que casi todos mis amigos son tan ricos como yo; y aun más ricos que yo muchos de ellos. ¿Qué puedo yo darles? ¿Qué puedo hacer en obsequio suyo? Nada que ellos no puedan darme, nada que ellos no estén dispuestos á hacer por mí. ¿Por ventura un veguero, una copa de champagne, un almuerzo serían bastante para comprar la amistad fingida de quien no me la profesase verdadera? Muchos de esos amigos á quienes V., con injusticia notoria, califica de parásitos, me han ofrecido en más de una ocasión: dinero, amistad, favores.., que yo no he aceptado.

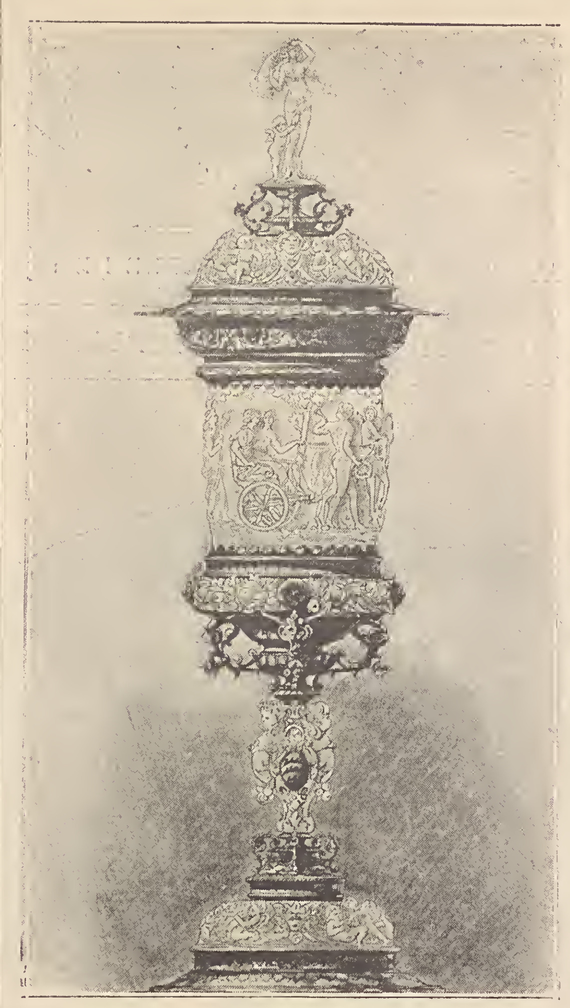
– Precisamente por eso te los han ofrecido, porque sabían que no ibas á necesitarlos; ¡valiente chasco os hubierais llevado ellos y tú si les hubieses cogido la palabra!

– Por mi parte no me lo hubiese llevado, tío, ni grande ni pequeño; pues de sobra sé que no todos habrían hecho efectivos sus ofrecimientos.

– Ninguno, Liborio, ninguno.

– Me parece que V. exagera, tío.

– No, Liborio, no; no exagero. Hay en la amistad con las gentes ricas, fuera del propósito de explotarlas que muchos tienen, algo indefinible, algo obscuro que halaga aun á los que no se proponen precisamente eso: la vanidad lisonjeada; esa tranquilidad que da la certeza de no ser molestado con peticiones molestas; quizá una esperanza remotísima de hallarse en un caso, hoy inverosímil tal vez, pero nunca imposible, auxilio en cualquier tribulación... no sé qué, pero, en fin, algo, ya lo he dicho, algo que hace agradable el trato con hombres de tu posición. Pero que esa posición desaparezca, que vean tus amigos en ti un necesitado de protección, un menesteroso de amparo, quizá un peticionario de dinero, y el encanto desaparecerá de un solo golpe, y los que hoy te buscan, huirán de ti mañana, y como dijo el poeta latino: *¡Solus eris!*



COPA DE METAL CINCELADO

– ¡Bah!, no tanto, no tanto. Ya sé, ¿cómo no había de saberlo?, que entre los egoístas á quienes solamente el espectáculo de la ajena desgracia disgusta, no por amor al prójimo, sino porque puede perturbar la tranquilidad propia, un cambio repentino de posición produciría un simultáneo cambio de conducta; pero créame usted, tío, donde menos se piensa salta la liebre..., y si ese caso llegase (que no lo deseo), vería V. cómo aun entre los mismos á quienes V. califica de aduladores y falsos habría algunos, pocos tal vez, pero algunos de fijo, que me demostrarían lo sincero de su cariño..., acaso, acaso, aquellos de quienes menos lo esperásemos.

– Yo, por sí ó por no, no lo esperaría de nadie.

– Pues yo sí.

– Pues allá tú; y Dios te haga un santo, que lo que es tonto ya lo eres.

– Tentaciones me dan de hacer una prueba.

– ¿Piensas dar tu fortuna á los pobres?

– No, pero pienso arruinarme de mentirijillas.

– Hombre, no me parece mala idea; por supuesto, si lo haces bien, porque si llegan á sorprender tus amigos que sólo se trata de una broma, se darán todos de ojo para probarte su desinterés y su abnegación.

– No, no hay miedo; tan bien lo haré, que usted mismo, aun estando advertido, llegará á creer en la verdad de mi ruina.

– Pues si es así, ya verás como ni un solo amigo te queda. Te lo repito: *Solus eris.*

– Ya verá V. como alguno me queda: donde menos se piensa salta la liebre.

– Bueno, pues fíate en el salto de la liebre y no corras.

Liborio hizo perfectamente las cosas. Sin que se supiese en dónde, nació el rumor de considerables pérdidas sufridas en varias operaciones de Bolsa; extendióse la voz de su completa ruina, y... en efecto, sus numerosos amigos huyeron de él como de un apestado. Decir que aquellos que más favores le debían fueron los más presurosos en el huir, manifestar que aquellos que más ofrecimientos le habían hecho eran los que más ostensiblemente volvían la vista hacia otro lado cuando lo hallaban en la calle, no sería decir ni manifestar nada nuevo; eso lo comprende perfectamente cualquiera, aun teniendo escaso conocimiento de mundo. El resultado, por consiguiente, no sorprendió en manera alguna á Liborio, que ya se prometía un resultado así de su prueba; pero que continuaba esperando en el *salto de la liebre* que, según el refrán, ocurre donde menos se piensa. La liebre, sin embargo, no saltaba, y para provocar el salto, el fingido pobre, el arruinado de comedia, se dirigió con sendas misivas á todos sus amigos. Pidió á los unos dinero, solicitó de otros préstamos; de éstos impetró trabajo, de aquéllos mendigó recomendaciones.

El resultado de estas gestiones daban la razón al tío pesimista; las respuestas de los que respondieron, pues la mayor parte ni se dignaron contestar ni se dieron por entendidos, eran desconsoladoras. Los unos deploraban no estar en disposición de prestar auxilio á su querido amigo, al que de todo corazón deseaban fortaleza para sobrellevar aquellos apuros y energía para salir de ellos; los otros le daban atinadísimos consejos acerca de lo que debería hacer para remediar su situación tristísima; éstos le contestaban con una seca y categórica negativa; aquéllos le sermoneaban sobre lo imprudente que es jugar á la Bolsa, y así sucesivamente; en suma, la derrota de Liborio fué casi completa, y el tío se ufanaba con la victoria; pero cuando el sobrino se disponía á declararse vencido, anunciaron á Liborio la llegada de un su amigo, de los menos íntimos por cierto, y de aquellos á quienes, por la misma razón, ni aun se había él dirigido en solicitud de apoyo.

No dejó ciertamente de sorprender aquella visita inesperada á Liborio; pero ocultando cuanto le fué posible su asombro, preguntó al recién llegado en qué podía servirle.

– Amigo don Liborio, dijo el visitante, por alguno de mis compañeros del Casino he sabido la situación apurada en que V. se encuentra; sé también que ha acudido V., aunque inútilmente, en petición de socorro y de ayuda á sus antiguos amigos: comprendo que al no acudir á mí demostraba V. que no me contaba entre ellos, y no sé si tengo derecho á ofrecer á V. lo que no ha solicitado; pero así y todo, como entiendo que los hombres de corazón han nacido y viven en el mundo para entenderse, yo, que lo soy, me dirijo á V., que también lo es, y le digo: señor mío, ¿necesita V. dinero?, yo lo tengo; no sé cuánto es lo que V. necesita, pero sí que puedo ofrecerle lo que sea. Aquí está mi mano de amigo; en esta cartera los billetes del auxiliar ó del socio ó del prestamista (sin interés por supuesto). Lo que V. quiera, y en el concepto que á V. convenga más, le ofrezco.

El gozo de Liborio no es para expresado: aquel rasgo llegaba, no á sacarle de apuros, que, como es sabido, no los tenía, sino á darle la razón contra su tío; á justificar su esperanza en la *liebre que salta donde menos se piensa;* manifestó, pues, su agradecimiento estrechando con efusión la mano de aquel protector no esperado, y diciéndole que aceptaba desde luego el ofrecido auxilio, y que para formalizar algo en condiciones decorosas para todos, iría al siguiente día con su tío á casa del generoso amigo, con cuya ayuda esperaba salir á flote en muy poco tiempo.

Faltóle tiempo á Liborio, luego que se hubo despedido del amigo, para buscar á su tío y darle cuenta de lo que ocurría, dándole también, al propio tiempo, el pésame por su derrota.

Paró el tío silencioso un momento, como quien no acierta á explicarse un suceso y busca la manera de comprenderlo; por último preguntó á su sobrino:

– Pero sepamos: ¿quién es, cómo se llama ese ave fénix de los amigos? ¿Ese amigo, en el cual no creo..., ni tú tampoco, toda vez que estás tan sorprendido como yo...?

– Pues es Pedro Gil, contestó Liborio.

El tío, al oir el nombre del amigo improvisado, dióse una palmada en la frente, y soltando una carcajada que no acababa nunca, exclamó:

– ¿Conque el ínclito Pedro Gil?... Pues amigo, puedes estar satisfecho con ese auxiliar que te ha salido..., no por ti, ciertamente, sino por tu mujer, á quien galantea (aunque en vano, hay que hacer esa justicia á Carmen) hace dos años. De suerte que tus amigos no te ayudan, pero ya ves que se prestan á venir en socorro tuyo los adoradores de tu mujer.

Al fin y á la postre, para mí no es inesperado ese *salto de liebre.*

A. SÁNCHEZ PÉREZ

SECCION AMERICANA

UNA VUELTA POR MÉXICO

ESCRITO É ILUSTRADO POR E. HOPKINSON SMITH



En un interesante libro sobre viajes publicado hace más de cuarenta años, su autora, la señora Calderón de la Barca, de origen escocés y esposa del primer ministro español enviado á México, después de haber proclamado este país su independencia, decía lo siguiente: «No hay ser humano en México, ni objeto alguno, que no sea en sí una pintura.»

El país no ha degenerado desde entonces: con su variado paisaje, sus costumbres, su arquitectura especial y su género de vida al aire libre, aun es hoy día la tierra más maravillosamente deliciosa que el sol alumbra; es una Venecia tropical, una España pintoresca, una nueva Jerusalén.

Hasta que se inauguró el presente sistema de vías férreas hará unos cinco años, los habitantes de la mayor parte de México habían estado, durante más de tres siglos completamente aislados del resto del mundo, excepto por algunas limitadas vías de comunicación, como el camino de herradura ó el sendero del desierto. De aquí resulta, naturalmente, que esa considerable población, que cuenta lo menos diez millones de almas, ha tomado muy poco de América y Europa, con lo cual el mexicano de hoy es aún el que existió trescientos años hace, con su sombrero de anchas alas y su *zarapé*, con su indolencia y lánguido mirar; y en el peón indio vemos el mismo airoso hombre de la naturaleza que Cortés encontró y esclavizó.

Para estudiar y conocer bien un pueblo es preciso vivir en las calles: un rato de conversación con la anciana frutera, que vende su mercancía junto á la puerta de la catedral; media hora de plática con el sacristán después de la misa de la mañana, y un breve diálogo con el burrero y el aguador darán mejor idea de ese pueblo y de su vida íntima, que las continuas visitas al palacio del gobernador ó al museo.

Aquel que, provisto de una sombrilla blanca, se sienta en algún sitio conveniente y cobijado bajo ella ocúpase en bosquejar el delicioso paisaje que seduce su vista, no solamente tendrá muy pronto á su alrededor una multitud de curiosos, sino que muchos de ellos manifestarán su simpatía dispensándole bondadosas atenciones, que el viajero no olvidará seguramente mucho tiempo después de haber sacudido de la ropa el polvo blanco de las ciudades y pueblos de aquel país.

UNA MAÑANA EN GUANAJUATO

Esta mañana visito Guanajuato, extraña y antigua ciudad situada cerca de la línea férrea central, á una jornada de México. Había llegado la noche anterior, rendido de cansancio, y me desperté tan temprano, que el sol y yo aparecimos en las calles casi á la misma hora.

El aire era muy agradable por lo fresco, y provisto de mi álbum y mi sombrilla, encaminé mis pasos hacia la iglesia de la parroquia. Había pasado por allí la víspera, y sus pilares de piedra, así como su estilo arquitectónico, vistos á la escasa luz de las estrellas, me embelesaron de tal modo, que durante una parte de la noche soñé en los detalles.

En las calles vi una multitud de fieles que llevaban sus libros de misa y sus rosarios, y que sin duda iban á asistir al servicio divino. En cuanto á mí, limitábame á vagar de un lado á otro y hacer apuntes en mi álbum, saturándome en la encantadora novedad que me ofrecían aquellos sitios.

Cuando llegué á la plazoleta que está enfrente de la gran puerta de la magnífica y antigua iglesia, la luz brillante del sol comenzaba á dorar las torrecillas del edificio y sus cruces de piedra, destacándose los curiosos pilares como un obscuro relieve bajo el azul del cielo.

Mezclándome con la multitud entré también en el templo, y poco después volví á la plaza á fin de elegir algún punto de vista que me permitiera abarcar bien el conjunto del noble monumento para dar idea de él en mis croquis.

Cuantas más vueltas daba más difícil me parecía el problema; diez ó doce veces pasé por el mismo sitio, deteniéndome y retrocediendo á cada paso, hasta que al fin llamé la atención de muchos transeuntes, los cuales creyeron sin duda que era loco ó imbécil, ó que me disponía á practicar algún rito desconocido de ellos.



Iglesia de la parroquia, en Guanajuato

Al fin me convencí de que no podía utilizarme sino de un punto de vista, que era el portal de una casa particular situada enfrente del templo; me introduje allí sin vacilar y tomé posesión de mi observatorio.

Sin embargo, no se penetra libremente en la casa particular de una ciudad española. Un portero vigilante, medio oculto en el jardín ó el patio, suele tener la vista fija en la entrada, y apenas se penetra en el portal, detiene al visitante con estas palabras: «¿A quién busca V., caballero?» También se observará que las ventanas del piso bajo están protegidas por rejas de hierro, á través de las cuales se podrán besar tal vez las puntas de los dedos de alguna linda morena, pero nada más. Sin embargo, para el corazón de todo español hay una llave que rara vez me ha falseado, y es la cortesía; esto llama su atención, y si se agregan algunos cumplidos, se ganará del todo su buena voluntad.

He vivido lo suficiente en algunos países de España para que me sea fácil adaptarme á sus costumbres, regulando por ellas mi conducta, y así es que, al reconocer en aquella ocasión que mi única esperanza estaba en posesionarme del observatorio por mí elegido, residencia de un hombre á la vez opulento y de distinción, sometíme sin vacilar á la ley del país. El resultado compensó con creces mi proceder, permitiéndome aprovechar un tiempo precioso, y digo precioso, porque en aquel momento la luz del sol iluminaba la fachada de la magnífica y antigua iglesia, con su escalinata de piedra, y á las pocas horas todo aquello quedaría cubierto de sombra y se perdería el efecto.

En el patio de la casa estaba sentado el portero, hombre de aspecto bonachón, que se ocupaba en hacer cigarrillos de papel; acercóuéme gravemente, tarjeta en mano, y le rogué la entregase á su señor, manifestándole que yo era un pintor llegado de lejano país, y que solicitaba permiso para hacer un boceto de la catedral dentro de la casa.

Antes que hubiera tenido tiempo de examinar bien el patio, con sus arcos y columnas de estilo árabe, y el jardín lleno de preciosas flores tropicales, percibí el rumor de pasos presurosos en el piso principal, y un momento después varios caballeros bajaban por la escalera de mármol, precedidos de un anciano de cabello blanco, que llevaba mi tarjeta en la mano y se acercó presuroso.

– Con mucho gusto, caballero, me dijo; no solamente puede usted disponer del patio, sino también de toda la casa. Creo que el balcón será un buen punto de vista, y le invito á subir; pero antes permítame presentarle á mis amigos. Espero también que almorzará con nosotros.

Yo no necesitaba el balcón ni tenía tiempo para almorzar, pues el sol avanzaba, había pasado la mitad del día, y no me era posible permanecer muchas horas en Guanajuato. En su consecuencia contesté que si se me permitía sentarme en el sitio elegido, para pintar tranquilamente mi boceto, quedaría en extremo agradecido.

Un momento después puse manos á la obra, y mientras proseguía mi trabajo, los caballeros, que ya almorzaban, bajaron cinco ó seis veces, servilleta en mano, para ver cómo progresaba mi boceto. En una de estas visitas prorrumpieron en tales exclamaciones de admiración, que varios transeuntes, poseídos de curiosidad, detuviéronse ante la puerta, formándose muy pronto tan compacto grupo, que ya no pude ver la iglesia. El dueño de la casa, comprendiendo al punto mi dificultad, dió una breve orden al portero, que saliendo



Mercado del Canal



El patio de un bienhechor

al punto, volvió á poco acompañado de un oficial; este último escuchó atentamente lo que se le dijo y retiróse á su vez. A los cinco minutos vi llegar un piquete de soldados, que despejaron al punto la entrada de la casa y fueron á formar después dos filas en la calle, montando así la guardia hasta que hube concluído mi trabajo. Yo comencé á preguntarme quién sería aquel caballero que así daba órdenes como un rey y era obedecido al punto.

Al fin terminé el boceto, y dejando mis artefactos en la portería, subí por la escalera de mármol y presentéme en la puerta del comedor. Al verme, no solamente el caballero, sino todos sus amigos, pusiéronse en pie y me felicitaron, agrupándose después todos alrededor de la silla donde acababa de colocar la pintura.

Casi en el mismo instante abrióse una puertecilla en el ángulo del comedor, y en el umbral apareció la señora de la casa con sus dos lindas hijas, que corrieron presurosas para ver también el boceto, declarando que era maravilloso combinar tantos colores en tan poco tiempo. Añadieron que debía estar muy cansado, é invitáronme á tomar una taza de café, que hube de aceptar.



Carretera de Aguas Calientes

Después fué necesario conformarse con ver el jardín, las cotorras en sus doradas jaulas y los diminutos perros de Chihuahua, subiendo por último al terrado para contemplar el extenso panorama que se ofrecía á la vista. Habíame apoyado en la barandilla de hierro y admirado el paisaje, con la ciudad á mis pies y las colinas en las alturas, cuando de pronto me ocurrió la idea de dirigir á mi anfitrión una atrevida pregunta.

– Caballero, le dije, ya puede V. comprender cuál es mi género de vida y cuál mi eterna ocupación. ¿Podría saber á mi vez á quién tengo el honor de hablar?

– Con mucho gusto se lo diré, contestó; yo soy minero. Aquel tinglado que puede V. ver á la derecha es la entrada de la mina de plata que aquí poseo; y también soy agricultor; mi hacienda está aquí detrás de esa montaña que se eleva frente á nosotros. Ese edificio blanco que se halla á la izquierda es el hospital que he mandado edificar para los pobres. Por eso me llaman el *bienhechor*.

Al despedirme del minero, á quien consideraba como mi protector, llamé á un muchacho de mirada melancólica y triste expresión, á quien había dado orden de esperarme hasta que concluyese mi boceto; entreguéle mis artefactos, y poco después nos perdíamos entre la multitud.

– ¿Cómo te llamas, muchacho?, preguntéle de pronto.

– Matías, señor.

– ¿Y en qué te ocupas?

– En nada.

– ¡Cómo! ¿No haces nada en todo el día?

– Ni de noche tampoco.

Aquel muchacho era una especie de bohemio, y regocijábame de poder hablar con él sin cumplidos ni rodeos; comenzaba á interesarme y le miré con atención. Sus ojos, negros y rasgados, miraban con languidez, y sus facciones eran muy agraciadas. Bajo las alas de un sombrero de paja muy ordinaria sobresalían los rizos de su ensortijado cabello negro; llevaba la camisa abierta por delante, y su calzón corto de piel estaba sujeto en la cintura por una faja encarnada con fleco en las extremidades. Su calzado consistía en las alpargatas que se usan en el país.

– ¿Conoces bien Guanajuato?, le pregunté.

– Sí, señor, palmo á palmo.

En otro tiempo, esta antigua ciudad, tortuosa y accidentada, era conocida con el nombre de *Quanashuato*, que en lengua tarascana significa *lugar montuoso de ranas*, no á causa de abundar aquí ese reptil, sino porque los indios, según Janvier, hallaron en este sitio una enorme piedra que afectaba la forma de una rana, y á la cual adoraron. La ciudad está á 1834 metros sobre el nivel del mar, y hállase situada en un estrecho y profundo barranco, cuyos lados se escalonan, formando pisos, donde se han construído las casas.

La pequeña ciudad de Márfil, curiosa por su aspecto morisco, elévase á la entrada del estrecho desfiladero, como para guardarle, y sus pesadas casas de piedra invaden de tal modo el camino, que las mulas deben subir y bajar continuamente para llegar á la línea férrea que corre por debajo.

Al pasar por este sitio obsérvase que á través del canal se desliza una corriente cenagosa, á la cual van á parar todas las basuras de la ciudad de las ranas, así como las escorias y restos de las minas de plata que están á los lados. En aquella especie de barrizal revuélcanse varios cerdos al sol, y según me dijo Matías, sus dueños los lavan cuidadosamente todas las semanas para recoger las partículas de plata contenidas en el cieno adherido á sus cuerpos.

Trepando siempre, llégase al fin al sitio desde donde se ve el gran edificio de la *Alhóndiga de Granaditas*, tomado por el cura patriota Hidalgo en 1810, y donde aun se ve el instrumento que dividió su cabeza al año siguiente. Poco después llegamos á la plaza de Mejía Mora, especie de parque encantador que ocupa el centro de la ciudad.

Aquel era el sitio que me convenía, y me senté en un banco de piedra rodeado de flores y de palmeras: varias lindas señoritas escuchaban atentamente los acordes de la música de una banda bastante buena que tocaba en una especie de pagoda china.

El calor y el polvo del camino que acabábamos de recorrer y el estrépito que producen los muleteros y vendedoras de la calle contrastaban agradablemente con aquel retiro lleno de frescura. Invité á Matías á ir á comprar naranjas, café y pan, y compartí con él este frugal refrigerio en el mismo banco de piedra, con no poco asombro de cuantos allí se hallaban, pues no acertaban á comprender por qué prefería yo tomar allí un bocado con un pillete callejero, en vez de ir al café de enfrente, donde se reunía la mejor sociedad de Guanajuato.

Matías aprovechó la ocasión para darme á conocer todas las celebridades á medida que pasaban por la plaza: el obispo, que volvía de la iglesia; el gobernador y su secretario, y una hermosa señorita que se había casado en la catedral el mes anterior con mucha pompa.

– ¿Y qué iglesia es esa, le pregunté señalando con el dedo, á cuya puerta se arrodilla la gente?

– Esa es la iglesia de San Diego, señor. Hoy es Jueves Santo y no se permite el tránsito de caballos y carruajes. Las señoras van á la iglesia vestidas de negro, y á causa de la solemnidad del día se ven tantas á la puerta del templo.

Mientras me decía esto el muchacho pasó junto á nosotros una dama muy joven, singularmente bella y de ojos picarescos. Al verme, una sonrisa entreabrió sus carmíneos labios, permitiéndome ver una magnífica dentadura, y como observase que yo compartía una naranja con Matías, tocó el brazo de su compañera, mujer de edad, y ambas dejaron escapar una carcajada. Por mi parte, levantéme con la mayor gravedad, y acercándome á las damas, saludélas con la mayor cortesía. Entonces la dueña dejó de reir; pero la señorita, prodigándome sus sonrisas y moviendo con infinita gracia su abanico, alejóse y desapareció en la iglesia.



Estaciones de la Cruz



Una calle de Aguas Calientes

—¿Quiere V. ver el templo?, preguntóme Matías, como si con aquel incidente diera por concluído el almuerzo.

Accedí á ello, y fuí á colocarme junto á una columna para observar á los penitentes, arrodillados ante el altar; entre ellos estaba la señorita que tanto se había reído, y que en aquel momento ocupábase en hablar con el abanico, como lo hacen las damas españolas en la ciudad de Tacón, en la Habana. Pero esta vez no se entendía conmigo, sino con un joven devoto que estaba á cierta distancia. Sin duda no tardaron en comprenderse en su mudo lenguaje, pues á poco la dama se levantó y ausentóse, desapareciendo también el joven por otro lado.

A mi vez salí del templo, pues ya había visto bastante, y al observar la mirada triste de Matías, no pude menos de compadecerle por la vida de miseria y de pobreza á que estaba condenado en medio de aquel pueblo que durante siglos había sido víctima de las revoluciones, de la anarquía y de la superstición.

Y movido por estas tristes reflexiones, llené de monedas de cobre y plata la mano del pobre Matías, de cuyos ojos brotaron lágrimas de contento. Poco después franqueaba una pendiente pedregosa, iluminada en aquel momento por los rayos del sol, y al pasar delante del vetusto edificio que sirve de cárcel observé que los presos, á quienes se dejaba aspirar el aire fresco de la tarde á causa de la solemnidad del día, se agrupaban en el tejado de dos en dos, sujetos por las esposas.

Al verlos, olvidé sus cadenas y los delitos que las forjaran, y sólo vi la ciudad purpúrca flotando entre la dorada luz y las densas sombras de las montañas.



Arcadas de Aguas Calientes

EN AGUAS CALIENTES

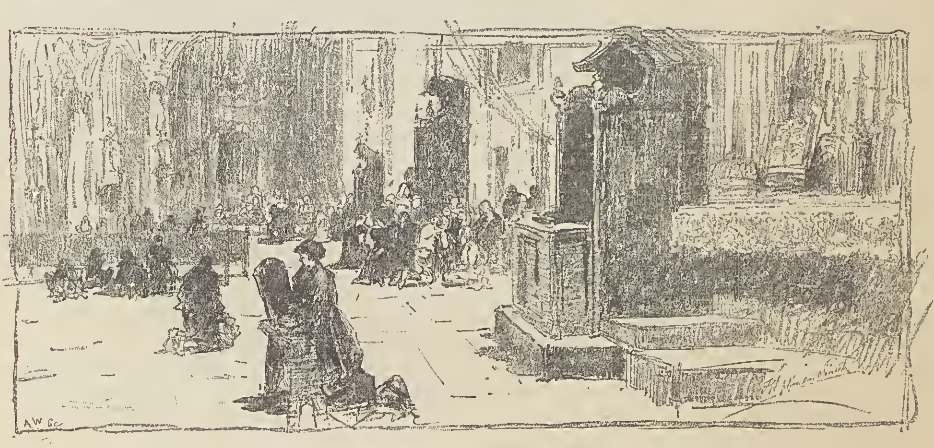
Un sol deslumbrador; un ancho camino, donde el pie se hunde en el polvo, y flanqueado por una doble línea de corpulentos árboles, cuyas ramas se enroscan como serpientes; un largo y estrecho canal medio lleno de agua, de la cual se escapan espesos vapores; á cierta distancia extensos campos de color sonrorado, violáceo ó verde, y en lontananza las torrecillas de una iglesia. Por el camino largas recuas de burros, todos cargados y cubiertos de una espesa capa de polvo amarillento; grupos de indígenas que llevan aves de corral y toda clase de cacharros, y mujeres con sus niños á la espalda y sus grandes sombreros de paja para preservarse de los ardientes rayos del sol. Tal es el conjunto que se ofreció á mi vista cuando estuve en la inmediación de Aguas Calientes. Pero otra cosa me llamó más la atención, y fué que á lo largo de la orilla del canal numerosos descendientes de Moctezuma, de ambos sexos y de todas edades, bañábanse tranquilamente, sin importarles al paracer que se les viese tan en paños menores. Varias mujeres jovenes, que después de lavarse la ropa habíanla puesto á secar, y solamente se cubrían con las puntas del *zarapé*, miráronme con sus grandes ojos de gacela sin perturbarse en lo más mínimo.

A corta distancia de allí, sin embargo, están los *Baños grandes*, donde por una peseta el individuo puede lavarse á su gusto privadamente, dándosele toalla y sábana y cuanto allí le sea necesario. Por desgracia el indígena, cuyo jornal no llega á una peseta, no puede disfrutar de tales comodidades, y se ha de contentar con bañarse en el canal y al aire libre.

Desde los tiempos de Hernán Cortés hasta la época de Díaz ese pueblo no ha conocido más que la humillación, la degradación y la esclavitud. Todo su patriotismo, su confianza en sí propios y su independencia fueron sofocados largo tiempo ha. Es un pueblo que, siempre pobre en el pasado, se resigna á dormir y padecer hambre en el futuro. Viviendo en míseras casuchas ó cabañas de adobe, y sin más utensilios que sus cacharros y el mortero de piedra en que machacan el trigo de que se alimentan, los naturales pasan su vida aguardando lo inevitable, sin esperanza y sin ambición.

Y no es porque á esos descendientes de los guerreros aztecas les falte inteligencia, ingenio ó capacidad; la causa es el aislamiento social á que se hallan sometidos, y que les tiene alejados de todas las influencias á que los blancos deben su reconocida superioridad.

Todos los mercados de Aguas Calientes son interesantes, porque en la comarca abundan las frutas y muchas especies vegetales, siendo extraordinaria la fertilidad del país. El mercado de los cacharreros está en una pequeña plaza cuadrada, circuída de construcciones bastante altas, no lejos del mercado principal. Los pucheros, cazuelas y toda clase de vasijas forman grandes montones,



En torno de los confesonarios

y las indias permanecen junto á ellos todo el día bajo sus enormes sombrillas para despachar á sus parroquianos.

He observado que en cada provincia, ó mejor dicho, casi en cada pueblo, los objetos de alfarería difieren por el color, por la consistencia de la pasta y los adornos. Si se visitan México, Guadalajara, Zacatecas, Puebla y otras ciudades, se notarán desde luego las diferencias en la industria alfarera de cada cual. Los industriales son generalmente indios que no tienen más oficio ni beneficio.

Desde el mercado me trasladé á la iglesia de San Diego, y poco después penetraba en la estrecha calle que conducía á mi alojamiento. En la esquina más lejana, bajo un balcón muy saliente vi un grupo de muchachos é indígenas que rodeaban á cuatro músicos ambulantes, cuyo aspecto difería mucho del de los indios que yo había visto en Aguas Calientes, distinguiéndose sobre todo por cierto aire de independencia. Uno de ellos tocaba el arpa, el otro un triángulo, el tercero un tamboril, y el último, muy joven, verdadero tipo griego, acompañaba en el canto. Colocados en la sombra de la casa, con sus *zarapés* pendientes de los hombros, y marcando con los pies el compás de la música, el efecto era tan clásico, que el grupo me recordó uno de los frisos del Partenón.
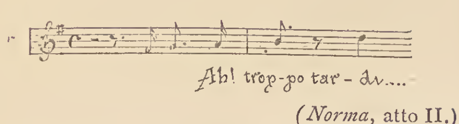
Una vez en mi cuarto, y apenas abrí el balcón, la música cesó; el que tocaba el arpa, acercándose presuroso, levantó la cabeza, presentóme su ancho sombrero, en el cual eché toda la calderilla que llevaba, y alejóse diciendo: «Muchas gracias, señor.»

Después me senté para revisar mis croquis y dibujos. Además del boceto que hice en Guanajuato, tenía un bosquejo del patio de la casa del minero, una vista del mercado del Canal en México, otra que representa un puesto de alfarero en la plaza, un diseño de los confesonarios en la última iglesia que visité, y varios croquis hechos en Aguas Calientes, como son el titulado *Estaciones de la Cruz*, la carretera de dicho punto, una calle de Aguas Calientes, que me llamó la atención por su conjunto, y por último las arcadas de la plaza.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

EL DO DE PECHO

I



(*Norma*, atto II.)

Sí: tarde, muy tarde llegué al Teatro Real, y todo por culpa del tresillo de la generala. ¡Ay! Lo tengo muy experimentado, por mi desdicha! Una de las plagas más temibles que afligen á la sociedad moderna es la mujer tresillista. Si Jehová hubiese enviado á Egipto esta calamidad, antes consintiera Faraón en la hégira de los isrealitas; pero sin duda el Señor en sus altos juicios comprendió que castigo tal era superior y desproporcionado á las culpas de los egipcios y no quiso infligirles tamaño tormento. Nosotros, los que ahora vivimos sobre la haz de la tierra y sobre todo los que habitamos en este Madrid vicioso y corrompido, debemos de ser peores que la quina, cuando se ha decretado en las alturas que descargue sobre nos tan intolerable suplicio. Yo no sé cómo se las componen las distinguidas señoras que me honran invitándome á echar una partidita; el caso es que, aunque me persigan los solos y los estuches, ellas acaban con mis cuartos y mi paciencia. Y la generala es el *non plus*, el prototipo, el modelo inimitable de la tresillista aristocrática; ella nos invita, nos sonríe, nos regaña, nos despluma y nos obsequia con unas cuantas frioleras que no le cuestan, de seguro, ni la vigésima parte de lo que nos gana. ¡Y aun le damos las gracias!... ¡Oh dioses!

En fin, el caso es que por culpa de la generala y su maldito tresillo llegué tarde al Real aquella noche. Y lo sentí infinito. Debutaba Doli, el gran tenor. Se contaban de él mil maravillas. Se decía que ni Tamberlick ni nadie había cantado *El Trovador* como él. Sobre todo las célebres seguidillas trágicas que todo el mundo conoce por el *Madre infelice*, eran, cantadas por él, de un efecto asombroso, irresistible, arrebatador. Y justamente *El Trovador* era la obra que había elegido Doli para presentarse al público madrileño. Y yo, ¡pecador de mí!, atravesé el pasillo de las butacas cuando aún sonaban los delirantes aplausos con que el público premiaba la maestría y la amabilidad del gran artista que, después de repetir la popular *cavaletta*, emocionado ante aquel triunfo, daba las gracias inclinando la enmarañada cabeza y llevándose las manos al corazón.

Llegué á mi butaca, y Juanito Rubio y su señora, mis vecinos de abono, me interpelaron cariñosamente:

– Pero ¡hombre de Dios!, ¿cómo viene V. tan tarde?

– Lo que te has perdido, chico. Es mejor de lo que dicen.

– Buena figura sí tiene, contesté mirando al flamante Manrique.

– Figura, y voz, y arte, y todo. Vamos, una eminencia...

– Pero, ¡calla, interrumpí, si esa cara no me es desconocida!...

– Quizás le hayas oído en alguno de tus viajes por Italia.

– No. ¿A Doli? Nunca: estoy seguro. ¿Cómo dicen que se llama?

– Pues hombre... ¿no lo acaba V. de decir? Doli.

– No, no... El nombre...

– ¡Ah! Creo que *Giacomo*...

– Giacomo... Doli... No recuerdo... Pero no importa; estoy cierto de que he visto y he hablado á ese hombre, y ahora mismo me voy al escenario á despejar la incógnita.

– Luego nos contarás, ¿eh?

– Sí, sí... á la salida... iré á que me des te antes de acostarme.

Y salí por la puerta lateral de la derecha, y me metí en el escenario.

II

Eh! sei tu! Siebel mio....

(*Fausto*, atto IV.)

¡Menudo baturrillo había allí dentro! El empresario, con igual expresión beatífica en el rostro que si le dieran la noticia de que le había caído el premio gordo; los músicos principalitos de la orquesta, el primer flauta, el violín concertino, el violoncelo, todos esos que hacen mil escarceos y volatines en el pentagrama mientras el tenor ó la tiple rezan *in mente* devota salve á la *Madonna dei Galli* para que los aleje de su garganta; los críticos musicales más importantes, los que estropean la lengua castellana por la tarde llenando de flamenquismos y gitanerías la revista de toros y por la noche escribiendo en ininteligible jerga italo-española la de la ópera; los aficionados más entusiastas, ora partidarios del arte por el arte, ora del arte por la tiple ó la contralto; los esforzados campeones del conde de Luna y las aguerridas huestes del enamorado hijo de la gitana; todos, ya fundiéndose en apretadísimo grupo, ya disgregándose y desparramándose por el tablado, como humana nebulosa, chillaban, se agitaban, bullían y comentaban de mil maneras la ovación justísima de que había sido objeto el gran Doli.

Pregunté á tres ó cuatro por la dirección que debía seguir para dar con su cuarto, y, por fin, el empresario me contestó que me acompañaría gustosísimo hasta allí, pero que el insigne *virtuoso* había dado orden severísima de que no se dejara entrar á nadie hasta que terminase la ópera: era su costumbre.

Insistí, sin embargo, en mi deseo de verle, y tuve la feliz idea de rogar que le pasaran mi tarjeta.

Si, en efecto, ha sido amigo mío, pensé, por su contestación recordaré dónde nos hemos conocido: si me he equivocado, con no volver más ya estoy arreglado.

No sé quién quedó más sorprendido, si el empresario ó yo. Momentos después de haberle entrado mi tarjeta, se abrió la puerta del santuario, y Doli, el mismo Doli en persona, me cogió de la mano, me arrastró hacia sí y me estrechó apasionadamente entre sus brazos, á tiempo que un criado volvía á cerrar herméticamente, diciendo:

– *Mà... ¿sei tú?...* Y yo que no sabía que estuvieses en Madrid...

Y presa de nueva efusión de cariño, tornó á abrazarme y me aplicó dos sonoros besos en las mejillas. En ellos debía residir gran virtud mnemotécnica, porque en aquel punto y hora se iluminó mi memoria, recordé quién era el que así me estrujaba, dónde le había conocido... y... todo, en fin, todo.

– Pero ¿tú no te llamabas Lido?, le dije, comenzando á sacar notas del arsenal de mis recuerdos.

– Sí, en aquel tiempo feliz en que nos conocimos. ¡Oh!

Nessun maggior piacere
Che ricordarsi del tempo felice
Nella ventura...

– ¿Y por qué?...

– ¡Ah, *mio caro!* Ese nombre pertenece á la era del *fischio;* del silbido, como decís vosotros...
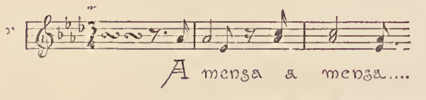
– Sí... entonces cantabas...

– Muy mal, dilo. No me importa. ¡Oh! Es una historia... *Aspetta*. Un proyecto... Cuando concluya la ópera, te vienes á cenar conmigo y hablaremos de Venecia, de Milán, de mi hermosa patria... ¿Eh, qué te parece? *¿Verrete à cena?*

Ahuequé la voz cuanto pude, y con la faz más severa que pudo poner Comendador alguno, contesté:

– Sí.

III



(*Gli Ugonotti*, atto I.)

Mi amigo Giacomo Lido ó Doli, puesto que el orden de las sílabas no alteraba su afecto, vivía como un príncipe. Mejor aún, es claro. ¡Habrá tantos príncipes por esos mundos de Dios que suspirarán por la renta de que disfrutaba el gran tenor! Cuando llegamos al *hotel* en que se hospedaba, ya esperaba suculenta y apetitosa cena, destinada á hacerle olvidar sus penas de trovador y á reponer las fuerzas malgastadas en luchar con el Conde de Luna.

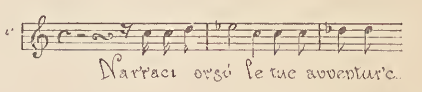
Cubierta estaba la mesa por limpio mantel color garbanzo que, al reflejar la luz de la lámpara suspendida en el centro de la cámara, no ofendía ni molestaba á la vista; erguíase en medio esbeltísimo jarrón de porcelana, del que desbordaba desordenado y artístico ramillete de frescas flores; en su torno, como palaciegos alrededor del monarca, veíanse en platillos, fruteros, compoteras y convoyes encarnadas fresas húmedas y brillantes, uvas opalinas ó de color granate, dulces, pastelillos, aceitunas, pepinillos en vinagre, manteca, caviar, cuanto puede soñar para aperitivo ó entretenimiento el más sibarita de los estómagos, y por último, uno frente á otro, dos cubiertos que ostentaban en correcta formación, cual soldados dispuestos á la batalla, hasta media docena de copas de diversas formas, tamaños y colores, estampando con sus brillantes reflejos en el mantel el iris de la borrachera.

Doli, que sin duda venía con gran apetito, arrojó al entrar su abrigo en los brazos de un criado, me quitó de las manos el sombrero, me sentó, acomodóse enfrente y exclamó:

– Mejor hablaremos cenando. Tengo un hambre digna del conde Ugolino. *Pietro... la cena... subito...*

Un momento después humeaba en nuestros platos una exquisita sopa de macarrones.

IV



(*Gli Ugonotti*, atto I.)

Apenas la hubo trasegado Doli del plato al estómago, se enjugó el sedoso bigote y me dijo:

– Perdona, *mio caro*, pero como hace ya tantos años que no nos habíamos visto, y yo he corrido después tanto, no me acordaba de ti cuando llegué á tu patria. Por eso me ha sido más grato tu encuentro.

– Pues yo, te confieso que dudé un momento... porque como...

– Sí, como he cambiado tanto .. *¿Non é vero?...*

– Hasta de nombre.

– ¡Ah! Fué preciso. Mi verdadero apellido tenía una historia tan poco honrosa... ¿Te acuerdas de la noche en que me conociste, mejor dicho, en que me viste por primera vez en aquel teatrillo de los arrabales de Milán?

– Sí. Hacías *Norma*.

– Y me dieron una silba horrible apenas canté el aria...

– Pero yo protesté aplaudiendo...

– Ese fué el origen de nuestra amistad. Te empeñaste en crearme una reputación, y llevaste al barracón en que yo destrozaba partituras á todos tus amigotes de la aristocracia milanesa. Por mi desgracia...

– Ninguno fué de mi opinión.

– Me dieron silba tras silba, hiciste quebrar á mi empresario y me quedé en medio de la calle sin contrata y sin un cuarto... Tuve la feliz idea de ir á verte para pedirte cuenta de tu pernicioso entusiasmo, y no sólo me diste dinero, sino tu mano de amigo...

– Aparte de que era una reparación justísima del mal que, sin querer, te había hecho, te confieso que en mi entusiasmo por ti, había mucho de secreta é inexplicable simpatía. Tu único defecto, ó por mejor decir, la causa de todos tus defectos como cantante era el miedo... Salías siempre á escena tembloroso, emocionado...

– Previendo la grita, querido. Sufría por entonces un *orgasmo* crónico.

– ¿Y te duró mucho la enfermedad?

– ¡Oh! ¿Cuántos años hace que nos separamos?

– Deben ser unos ocho ó diez...

– Pues todavía sufrí bajo el poder del *fischio* lo menos un año. El pobre Lido desapareció de los carteles con la más emborronada y sucia de las hojas de servicio. Mi persona ejercía entonces una especie de *gettatura* funesta para las empresas. Yo me guardaba muy bien de decirlo, pero lo presentía. Cuadro artístico en que yo formaba iba, gracias á mis gallos, de mal en peor, hasta estrellarse en la bancarrota. Gracias á los periodistas que telegrafiaban á sus respectivos diarios elogiándome y mintiendo descaradamente, podía obtener nuevas contratas. Algunos decían, sin darse cuenta de ello, la verdad. *Sucesso stupendo*, solían escribir. Y lo era, *mio caro*, lo era en toda la extensión de la palabra.

– Pero ¿cómo se verificó la dichosa transformación de Lido en Doli? Cuéntame tus aventuras artísticas...

– Oye y admírate. *E un romanzo d' amore...*

– Ya escucho.

– Espera antes que tome fuerzas, porque la historia es larga.

Y mi ilustre amigo la emprendió á cuchillada limpia con un regular trozo de ternera, sazonándolo con algún que otro trago de *Beaujolais*. Le imité y hubo una pausa elocuente é higiénica.

L. CÁNOVAS

(*Continuará*)

¡SE PARECE Á VOLTAIRE!

I

El mar de la vida está lleno de escollos, pero no sólo de esos escollos á flor de agua, que pueden sortearse con más ó menos facilidad sino de sirtes ocultas contra las que choca impensadamente la nave y se desvencija. ¿Quién había de decir á don Anastasio Capdevila lo que le está sucediendo, ni cómo había yo de imaginar siquiera que habiéndole dejado feliz é independiente (como España antes de la invasión cartaginesa) en su bien surtido almacén de géneros ultramarinos de la plaza de la Leña, habíamele de encontrar, á mi regreso á Madrid, tal como en la actualidad me le encuentro?

Los soberanos, los príncipes, los potentados, los bolsistas; en fin, todos los que se entrometen en la *cosa pública*, pueden estar expuestos á las peripecias del drama ó de la comedia humanos; pero hay existencias y posiciones sólidas como un guardacantón.

Vean ustedes: D. Anastasio era dueño de una respetable tienda de ultramarinos, y digo respetable, porque estaba llena de cuanto Dios creó apetitoso allende y aquende el mar, especialmente en bacalaos, que venían á buscar, no sólo los vecinos del barrio, sino que también los de las lejanías de los de Maravillas y Lavapiés. D. Anastasio estaba satisfecho de la situación topográfica de su almacén; pero ahora veo que era de mal augurio el hallarse en la confluencia de las plazas de la Leña y de la Bolsa, que evocan recuerdos de palizas y de cambios de fortuna.



VIRGEN ADORANDO AL NIÑO JESÚS
Relieve en mármol de Mino da Fiesole, existente en el Museo de Berlín

En el barrio llamaban á la de D. Anastasio *la familia feliz*, y ciertamente bien merecía este dictado. Figúrense ustedes (y digo que se figuren, pues aunque el bueno del almacenista vive todavía, ya no es ni su sombra) un hombre de cuarenta años de edad, fresco, colorado y con un cerviguillo de toro colmenareño, sentado junto al mostrador de su tienda, pensando en sus treinta mil duros de ahorros, y paseando una mirada satisfecha por los anaqueles de su repleto almacén, ó bien represéntensele ustedes en la trastienda recibiendo las visitas, ya de su amada esposa, ya de alguna de sus dos hijas, ó quizá de las tres á un mismo tiempo, que bajaban cariñosas por la escalera de caracol que unía la trastienda con el entresuelo.

Damas de esta comedia casera:

Doña Eloísa. *Treinta y seis años de edad. Buen ver todavía. Cabello negro y brillante á fuerza de pomada. Ojos un tanto antojadizos. Color de arroz. Genio vivo, oscilando entre la devoción y los devaneos de las novelas que leía.*

Micaela. *Hija mayor. Diez y nueve años de edad. Morena agraciada, con una ligera patillita y un ligero bigotito. Temperamento sanguíneo que hacíala asomarse con frecuencia al balcón.*

Juanita. *Trece años menos dos meses de edad Físico endeble. Moral en crisálida. Carácter, como el de todas las pollas, que maldicen sus pantalones y que cuando se quedan solas en casa se ponen los vestidos de su madre ó hermanas mayores para estar de largo.*

Estas tres gracias domésticas amaban á su esposo y padre respectivo, y eran, como es natural, entrañablemente amadas por él.

Dos dependientes fieles y listos, uno joven y otro adolescente, ayudaban en sus faenas á D. Anastasio; su comercio prosperaba, su hogar doméstico era una balsa de aceite, y por eso en el barrio llamaban á la del almacenista de ultramarinos *la familia feliz*.

Aunque doña Eloísa leía algunas novelas eran inofensivas. En una ocasión en que cayó en sus manos la *Vida de Abelardo y Eloísa* (que se parece á una novela), la buena señora demostró su disgusto y hasta el que sentía por llevar este nombre. «¿Por qué, mujer?,» preguntóla D. Anastasio. «Léela y lo sabrás,» contestó ella; y efectivamente, cuando éste la leyó ambos estuvieron de acuerdo.

A pesar de estas lecturas, y aunque algunos días de fiesta iba la familia al próximo teatro de *La Infantil* y al no muy lejano de *Eslava*, estas diversiones mundanas no alteraron en lo más mínimo la consistente moral de aquélla.

II

¡Hacienda, tu amo te vea!, y por eso D. Anastasio se pasaba todo el día y parte de la noche en su almacén, sólo permitiéndose asomarse alguna que otra vez á la puerta para ver el zurriburri de bolsistas que pululaban en la plaza adyacente. Pero algún desahoguito había de tener; así es que á las diez en invierno y á las once en verano, horas en que se cerraba la tienda, bajábase pacíficamente por las calles de la Paz y del Correo, atravesaba la Puerta del Sol y entrábase en el Café Universal, en donde se reunían algunos amigos y conocidos suyos. Era una mesa tranquila la de aquellos antiguos parroquianos del establecimiento: nada de ruidosas discusiones políticas, ni mucho menos de camorras sobre Lagartijo ó Frascuelo. Casi todos eran de edad provecta y buenas personas.

Un jubilado del Tribunal de Cuentas y su perro, un capitán de reemplazo, el dueño de una lencería de la calle de la Montera, un corrector de pruebas de un periódico y el bueno de D. Anastasio constituían el núcleo de aquella reunión morigerada. Algunas veces se filtraba en ella el elemento joven, representado por un sobrino de dicho corrector y un amiguito suyo, *plaza montada* de otro periódico.

Este elemento fué en el que naufragó el pobre almacenista de ultramarinos.

La conversación se basaba en lo de siempre: en que el Gobierno gobernaba muy mal, y en que el país estaba dando las boqueadas. En este último punto no estaba conforme D. Anastasio, aunque no lo decía, porque recordaba los treinta mil y pico de duros de que era poseedor. Luis XIV de Francia decía: «el Estado soy yo;» el almacenista de ultramarinos tal vez pensaba que el país era él

En aquel círculo moderado (en sentido social), la nota aguda solía darla el capitán jubilado, porque como en estos últimos años apenas ha habido pronunciamientos, y sólo tenía el grado de capitán y rayaba en los sesenta, creíase postergado, como todos los militares de España.

Una noche, ¡noche infausta!, puesto que fué la del memorable ciclón que inundó Madrid, arrancó de cuajo millares de árboles é hizo volar á transeuntes y chimeneas; pasado el siniestro, y bajo un cielo otra vez límpido y azul, D. Anastasio, después de haber presenciado la maniobra de cerrar su tienda, encaminóse al café Universal, que debería estar muy animado. Estábalo en efecto: en la mesa del corro del almacenista se comentaba, como en todas las demás, la reciente catástrofe. Cuando llegó aquél tenía la palabra el lencero de la calle de la Montera, y contaba un lamentable suceso que había presenciado. Parece ser que en los instantes en que el viento huracanado soplaba con más violencia, bajaban dos personas de distinto sexo y por distinta acera por la calle de Capellanes, é impelidas por el ciclón chocaron cabeza con cabeza en el comedio de la calle Esto, en aquella noche, nada tenía de particular; pero fué el caso que detrás de la persona del sexo débil venía su marido algo escamado, por lo que después se supo, y creyendo que aquella conjunción no había sido casual, la emprendió á palos con el que había sufrido el choque. A éste, viéndose agredido después de chocado, se le fué el santo al cielo, y sacando un revólver le disparó á boca de jarro contra su agresor, depositándole dos balas en la cabeza.

Sentóse D. Anastasio á la mesa del café y tomó parte en los comentarios que se hacían de este drama callejero. Aquella noche, además del sobrino del corrector de pruebas y su amiguito, había en la reunión otro joven, nuevo en ella, con lentes y con aspecto de literato precoz, que miraba al almacenista de ultramarinos y cuchicheaba con sus jóvenes compañeros

Húbolo de notar éste y puso la cara hosca. Entonces el sobrino del corrector le dijo:

– D. Anastasio, nos ocupamos de V., pero no en mal sentido, como puede suponer. Este amigo dice que es V. el vivo retrato de Voltaire.

III

Pocos en España han leído á Voltaire, pero muchísimos conocen su nombre. Para los lectores de *Las Dominicales* y de *El Motín*, Voltaire es un semidiós, y digo *semi*, porque el gran filósofo tuvo la bondad de ser deista. La mayor parte del clero le supone el precursor del Antecristo, y la gente sencilla é indocta da á su nombre una significación espantable y tremebunda Así fué que las palabras del joven causaron mucho efecto en los concurrentes á la mesa del café. El corrector de pruebas, que por razón de su profesión era algo instruído y que había estado en París, quedóse mirando de hito en hito á D. Anastasio, y dijo:

– ¡Pues es verdad que se parece á Voltaire!

Desde aquella noche el bueno del almacenista de ultramarinos fué mirado y observado con cierta atención por sus contertulios de café, y descubrieron en él aplomo en expresarse y agudeza y profundidad en sus conceptos; tanto, que cuando había una duda ó se suscitaba una cuestión, dirigíanse á él diciendo:

– ¿Usted qué opina, D. Anastasio?

Este, por su parte, contribuía á sostener su reputación de hombre de talento, medía sus palabras y procuraba velar su pensamiento para que cada cual lo interpretara á su antojo; en esto anduvo experto y hasta cierto punto se conoció á sí mismo, y digo hasta cierto punto, porque voy á explicar someramente cuánto influye el amor propio hasta en un tendero de ultramarinos. Antes del incidente que le puso en relieve, ya tenía D. Anastasio cierta tenden-



CONTEMPLACIÓN, tomado de «The Illustrated Sporting and Dramatic News»



DESPUÉS DE LA CORRIDA, cuadro de D. Juan de Guzmán

cia á creerse persona no vulgar y no del todo ignorante. Entre otras obras serias, había leído tres importantes, á saber: *Las ruinas de Palmira*, *Las palabras de un creyente* y *La familia de Vielant ó los prodigios*, y á consecuencia de estas lecturas habíase adjudicado á sí propio ciertos ribetes científico-filosóficos; sin embargo, no se extralimitó y siguió pensando preferentemente en el bacalao truchuela, que era su especialidad.

Pero la frase oída en el café le soliviantó, y comenzó á preocuparse de su parecido con Voltaire. Cuando aquella noche volvió á su casa, miróse al espejo, y notó en su frente ciertas protuberancias que antes no había descubierto. A la siguiente mañana dijo á su mujer:

– Sabes, Eloísa, que en el café dicen que me parezco á Voltaire.

– ¿Y quién es Voltaire?

– Pues un filósofo morrocotudo. Voy á proporcionarme sus obras, porque es vergonzoso que no haya leído ninguna.

Y con efecto, en gorro griego y en zapatillas, como estaba, bajóse D. Anastasio por la calle de la Paz, en donde hay una librería de libros usados, y preguntó al librero, que era conocido suyo, si tenía las obras de Voltaire. No había más que una: *Cándido ó el optimismo*. El almacenista de ultramarinos la compró, encargando á aquél que le proporcionara cuantas pudiese á precio equitativo, y vuelto á su casa se engolfó en la lectura de las correrías del joven inexperto y de la señorita Cunegunda.

Toda la familia leyó esta obra edificante, incluso el dependiente mayor, y todos convinieron en que el filósofo francés tenía mejor estilo y más intención que la señora de Sinues y Enrique Pérez Escrich, y pronto se notó la influencia de esta lectura, pues doña Eloísa y sus hijas, que se confesaban con un sacerdote de la iglesia de San Ignacio, indignadas por las fechorías que los jesuítas habían cometido en el Paraguay, buscaron otro confesor.

Desde entonces la gloria de Voltaire se reflejó, hasta cierto punto, en D. Anastasio

Su familia le miraba con veneración. Los vecinos del barrio, que le trataban, y muchos parroquianos de su tienda supieron que se parecía al gran filósofo. Cuando los días de fiesta salía á paseo con su mujer é hijas, éstas le dejaban ir un poco delante, y espiaban el efecto que su presencia causaba en los transeuntes. Si alguno le miraba por casualidad ó porque le chocase su aspecto grave y satisfecho, la madre y las niñas se daban codazos significativos, como diciendo:

«Ese ha visto el retrato de Voltaire.»

Gloria y popularidad obligan, y D. Anastasio se vió precisado á variar la muestra de su tienda, que estaba algo deteriorada, sustituyéndola con otra más grande, en la que en letras doradas, sobre campo de gules, leíase este rótulo:

EL VOLTAIRE

ALMACÉN DE GÉNEROS DE ULTRAMARINOS

IV

A mediados del pasado estío doña Eloísa y sus hijas estuvieron en Loeches, bebiendo el agua de *La Margarita* y entretenidas en leer algunas obras del gran escritor francés. A su regreso á Madrid, D. Anastasio emprendió á su vez un viaje á Santander, tanto para refrescarse un poco, como para ultimar un negocio de bacalaos de Escocia, dejando encargada la dirección de la tienda á su dependiente mayor. El negocio le entretenía, y no pensaba volver á Madrid tan pronto, pero recibió un telegrama de su hija mayor, que decía: *Mamá y Roberto desaparecidos.*

– ¡Cómo desaparecidos!, pensaba el almacenista estupefacto, maldiciendo el laconismo de su hija. ¿Qué quiere decir esto? Pues qué, ¿pueden desaparecer las personas, siendo así que Voltaire niega los milagros?; y aun admitiéndolos, ¿cómo han podido desaparecer milagrosamente mi mujer y mi dependiente mayor, cuando ni siquiera, que yo sepa, estaban en olor de santidad?

Azorado y no sabiendo cómo entender aquello, don Anastasio hizo el cofre apresuradamente y regresó á Madrid. Cuando llegó á la puerta de su tienda, se apeó de un ómnibus que tenía un letrero que decía *Serbicio Publico;* sus dos hijas estaban al balcón y bajaron á la trastienda á recibirle. Por ellas supo el golpe doloroso y terrible con que le abrumaba la suerte. Un día de fiesta doña Eloísa había salido por un lado y el dependiente mayor por otro, y no volvieron á parecer. Aquella misma tarde recibió Micaela una carta por el último reparto del correo interior: era de su madre y sólo contenía las siguientes líneas:

«Me marcho de viaje, no sé cuándo volveré. Cuando regrese á Madrid tu padre dale una carta que queda en el cajón de mi mesa de noche. Tened juicio, imitad á vuestra madre »

D Anastasio, algo más repuesto de la consternación que le causó el relato que le hizó su hija, leyó la carta dejada por su mujer. Decía así:

«Mi querido Anastasio: estoy cansada de vivir oliendo á bacalao, en una calle por donde apenas circula el aire y en un entresuelo en donde apenas puedo levantar la cabeza sin tropezar con el techo. La mujer es como la flor: necesita sol y ambiente y voy á buscarlos. Tu parecido con Voltaire me garantiza de la elevación de tu juicio. ¿Qué es el matrimonio entre personas que piensan como tú y yo y como Voltaire? Una asociación legal, una máquina para propagar la especie, un pabellón bajo el cual cada uno de los cónyuges conserva su independencia, para no parecerse á dos presidiarios unidos por su grillete. Yo ya he cumplido mis deberes de madre dejándote dos retoños, que espero imitarán mis virtudes: nada tengo ya que hacer contigo. Me llevo veinticinco mil duros: esto es lógico y natural. Cuando me casé contigo aporté al matrimonio veinticinco mil pesetas de dote, por lo tanto aquella cantidad puede considerarse como bienes gananciales, así como los siete mil duros que te dejo para que sigas redondeándote y *nuestro* buen surtido almacén. Gózalo todo en paz, en compañía de nuestras amadas hijas, y si te parece, de alguna otra señora que me sustituya. Voltaire nos ha enseñado á tener el espíritu ancho y la conciencia libre. ¡Adiós para siempre! Tu esposa, que no te olvidará, *Eloísa Peralvillos.*»

Apenas hubo leído esta carta volteriana, el desgraciado almacenista bajó desolado al sótano de su tienda, en donde guardaba sus valores en una caja de hierro. La cerradura estaba intacta; pero en efecto, veinticinco mil duros habían también *desaparecido.* Dió parte á la policía; pero en efecto, ésta no pudo encontrar ni muerta ni viva á la interesante doña Eloísa, así como tampoco al joven ex-dependiente mayor.

Desde esta época todo le sale mal á D. Anastasio. Su comercio decae, su especialidad en bacalaos va *desapareciendo* Una noche encontró á su hija mayor en la calle de la Lechuga en compañía de un individuo de la Escolta Real.

Su otra hija, ya canija de suyo, se va poniendo pálida y delgada como una lombriz; pero el bueno del almacenista de ultramarinos apenas se fija en estas cosas. Ha envejecido veinte años Se entretiene todo el día en la trastienda haciendo solitarios con una baraja. No va al café ni lee á Voltaire. A la caída de la tarde suele dar un paseo alrededor de su manzana. Alguna vez se alarga hasta la plaza de Santa Ana y se pasa largos ratos contemplando los volátiles de venta.

¡Pobre D. Anastasio! En la parte física podrá parecerse á Voltaire, mas no así en la fortuna. El filósofo francés vivió ochenta años, y al almacenista español apenas le doy cuatro años de vida. Este, habiendo cumplido todos sus deberes de esposo y padre, se ve abandonado de su mujer y un tanto descuidado por sus hijas; aquél, afortunado hasta ultratumba, después de haber llamado á los franceses *pueblo de tigres y de monos*, yace en el Panteón Nacional. y este mismo pueblo le ha erigido estatuas, dedicándole un *boulevard* que se pierde de vista.

F. Moreno Godino

EL FERROCARRIL TRANSSAHÁRICO

LAS AGUAS, LAS DUNAS, LOS HABITANTES

M. V. Largeau, que ha pasado cuatro años en las regiones del Sahara antes de los viajes del coronel Flatters, ha dirigido á un diario francés, á propósito del proyecto actual de una línea al través de aquel desierto, una comunicación de la que entresacamos los siguientes interesantes datos:

«Era entonces general creencia que los xotts (1) del Sud tunecino eran un antiguo golfo del Mediterráneo, y que las aguas subterráneas del Ued Rirh, que algunos intrépidos oficiales hicieron brotar á costa de sus vidas para crear nuevos oasis, procedían del Atlas; pero poco me costó adquirir la certeza de que estas aguas proporcionábanlas exclusivamente las altas mesetas del Sahara central (djebel Hoggar y Tidilkelt). En cuanto á los xotts, estaban formados por la reunión en una vasta depresión de las aguas del Ued Igharghar y del Ued Miya, del Ued Suf ó antiguo Tritón, hoy casi enteramente sepultado bajo las grandes dunas del Zemul-et-Akbar, y finalmente de las muchas corrientes que descienden del Atlas y de las que la más considerable es el Ued Djeddi. Todas estas aguas reunidas formaban el lago Tritón (hoy región de los Xotts) que desaguaba en el Mediterráneo por un estrecho canal.

»Las aguas suministradas por las mesetas del Sahara central corren, al presente. por debajo de los aluviones reunidos en los lechos de los antiguos ríos; pero el Igharghar, que tiene todavía una anchura de 6 kilómetros, á 50 leguas al Sur de Tuggurt, y el Ued Miya, que se confunde con éste para formar el Ued Rirh, arrastran todavía gran caudal de aguas cuando caen lluvias abundantes sobre los puntos elevados que los alimentan; sus aguas, sin embargo, absorbidas por las arenas, llegan á los xotts únicamente por canales subterráneos.

»He podido comprobar que estas aguas eran en otro tiempo utilizadas por una población agrícola relativamente numerosa; ruinas de aldeas, restos de canales, troncos petrificados, depósitos de sílice tallados que he encontrado en todas partes, demuestran claramente que si en otras épocas hubo desiertos en el Sahara, éste, considerado en su conjunto, no era un desierto. Este vasto país estaba entonces habitado por una raza negra, inteligente y laboriosa, que había sentido la influencia de la antigua civilización egipcia y que es hermana de la raza fullah: así me lo han demostrado los estudios que más tarde he hecho en el mismo Sudán, en donde me he puesto en contacto con los fullahs.

»En el Sahara es en donde se han llevado á cabo las primeras cacerías humanas para proporcionar esclavos á los sibaritas de la antigüedad: para apoderarse más fácilmente del hombre se han incendiado los bosques y todo lo que podía servirles de asilo; vinieron después los bereberes y los árabes nómadas enemigos de toda vegetación arborescente, y hoy sólo aparece el negro en los oasis, cuyos pozos conserva y cuyas palmeras cultiva con la paciencia que le caracteriza. Con esta raza principalmente hemos de contar para la obra de que se trata.

»No hay que temer, pues, que falte agua en el trayecto de la vía férrea: algunos sondeos bastarán para hacerla brotar, y si á los negros se les conceden algunas tierras regables, no tardarán en fundar aldeas alrededor de nuestras estaciones. Las casas surgirán allí como por encanto y sin costar un céntimo al Estado, pues esas gentes están acostumbradas á no contar más que consigo mismas.

»El Hoggar es colonizable inmediatamente y su actual población es una garantía de la rápida aclimatación de la raza blanca; los tuaregs que lo habitan podrían, una vez disciplinados y pagados, llegar á ser soldados tan valientes como leales.

»La llanura sahárica desciende por el Sud en suave pendiente hacia el Níger, y también en esta parte se encuentran corrientes subterráneas

»La naturaleza del terreno en que ha de sentarse la vía hace que no sea de temer que ésta quede cegada por las arenas. Las obras de fábrica que habrá que construir son pocas en número, pero los puentes deberán ser muy sólidos para poder resistir las inundaciones que experimentan los valles durante las torrenciales lluvias que caen después de largos períodos de sequía.

»Las grandes dunas que se extienden entre el Igharghar y Radamés serían infranqueables para un ferrocarril, pero no así las que de cuando en cuando atraviesan los valles, en la dirección general de SE. á NO. Y respecto al clima, si los días de verano son terribles, en cambio las noches son claras y hermosas.

»Quince años hace que no he visto el Sahara, pero en este tiempo he podido conocer las riquezas del Sudán y de nuestras colonias del Senegal, en donde hay magníficos bosques y tierras fertilísimas que explotar y agricultores negros que sólo esperan una protección eficaz para dedicarse á serios trabajos.

»Recientemente he atravesado en ferrocarril los Estados Unidos, desde Nueva York á San Francisco, y comparando la empresa allí realizada con la que se trata de llevar á cabo en el Sahara, creo que la ejecución de ésta será mucho más fácil que la de aquélla; cualquiera que haya cruzado los desiertos del Far-West, las Montañas Roquizas y la Sierra Nevada será indudablemente de mi parecer á poco que desde la cima del Atlas dirija la mirada sobre el gran desierto africano.

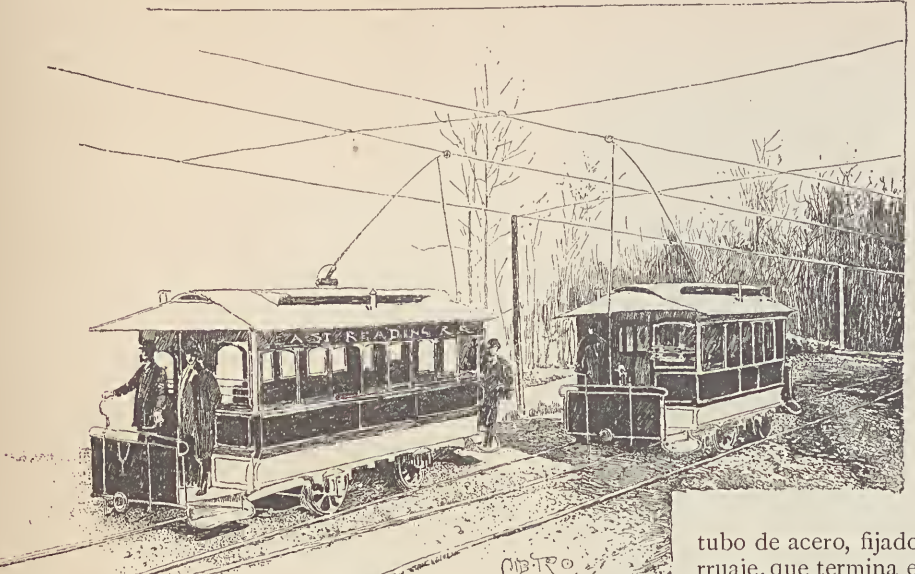
»En resumen, si en pocos años el Transcontinental ha transformado la California haciendo de ella una de las más prósperas comarcas agrícolas de América y el granero de los Estados Unidos, con el ferrocarril al través del Sahara, Francia y Argelia no tardarían en ser los países más ricos y más independientes del mundo.»

(1) Lagos salados.

SECCIÓN CIENTÍFICA

TRANVIA ELÉCTRICO EN LONDRES

Son tantas y tan grandes las ventajas que sobre los tranvías movidos por fuerza animal presentan los eléctricos, que creemos ocioso insistir en ellas, pues tendríamos que reducirnos á copiar lo mucho que sobre este particular se ha dicho y que, en resumen, no es otra cosa que lo que el mismo sentido común dicta.



Tranvía eléctrico de Londres

Nos limitaremos, pues, á describir el sistema en virtud del cual esos tranvías funcionan.

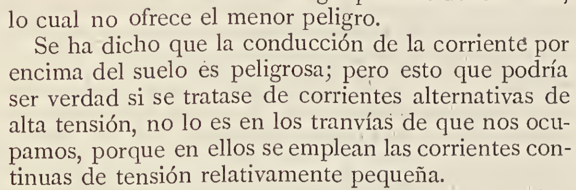
Mirando por debajo de uno de estos coches eléctricos, se ven dos electro-motores, es decir, dos máquinas dinamo-eléctricas que convierten en fuerza mecánica la corriente eléctrica en otro sitio producida y que se unen á los ejes del coche por medio de ruedas dentadas, á fin de disminuir en las ruedas del carruaje la velocidad de los motores, que para desarrollar la necesaria energía han de dar 1.000 y 1.200 vueltas por segundo: de esta suerte se consigue que á cada 10 ó 12 vueltas de éstos corresponda una vuelta en aquéllas. Generalmente sólo funciona un motor; el otro no se pone en actividad más que cuando no basta el primero, como sucede en las grandes cuestas ó cuando se agrega al vehículo otro vagón.

¿De dónde viene la corriente eléctrica que hace funcionar los motores? Esta corriente, como la luz eléctrica, se produce en fábricas, siendo otras de las ventajas de las vías eléctricas la de que una misma instalación proporciona luz y fuerza y la de que varias líneas y aun toda una red de una ciudad, como sucede en Richmond y sucederá en Boston, pueden ser servidas por una sola fábrica. Durante el invierno, en que el mayor consumo de luz coincide con el mayor tráfico de los tranvías, se apela al auxilio de los acumuladores que de día hacen acopio de electricidad y de noche la comunican, bien al aparato que produce luz, bien al que desarrolla fuerza. Los dinamos para la producción de fuerza difieren de las máquinas que proporcionan luz en que están dispuestos para una corriente de mayor tensión, que, sin embargo, es siempre suficientemente pequeña para excluir todo peligro.

Para alimentar los electro-motores, es decir, para conducir á ellos la corriente producida en la fábrica, se emplean dos sistemas: ó el de los acumuladores colocados debajo de los asientos del coche, ó el mismo que se usa para alimentar las luces eléctricas. En teoría es preferible el primero; pero como éste resulta muy caro, suele utilizarse en la práctica generalmente el segundo. Para ello, Siemens se vale de un cable colocado en una canal abierta en el pavimento entre los rieles; pero los americanos, considerando este procedimiento demasiado costoso y algo expuesto, proceden del modo siguiente:

A lo largo de la vía va tendido un cable grueso que corre dentro de un canalizo subterráneo ó se apoya en unos postes colocados á una distancia uno de otro de 40 metros á los dos lados de la vía ó entre las dos vías. Estos postes, cuya instalación es barata, están unidos por alambres transversales que sostienen un delgado alambre de cobre situado á una altura de 6 ó 7 metros sobre la vía: este alambre completamente aislado de los postes, sufre en cada poste una pequeña interrupción, de modo que la conducción de la corriente se compone de trozos sueltos de 40 metros. Esto tiene la ventaja de que en caso de romperse el alambre, lo cual rara vez sucede, ó de tenerse que reparar algún trozo, no queda inutilizada toda la línea, sino sólo el trozo comprendido entre dos postes; y si la interrupción con tal motivo producida dura algunos minutos, basta empujar el vehículo hasta el siguiente poste, donde vuelve á recibir la corriente. El alambre que corre á lo largo de la vía recibe la misma cantidad de corriente que el cable y la recibe por los alambres transversales: cuando el cable es subterráneo la corriente se transmite desde éste á los alambres por medio de ramificaciones que pasan por el interior de los postes.

La corriente desde el alambre largo hasta los motores del coche se transmite por medio de un tubo de acero, fijado en el techo del carruaje, que termina en un cilindro metálico con una ranura; este cilindro por su parte inferior está en contacto con el aparato motor. La retrodirección de la corriente tiene lugar por uno de los rieles, lo cual no ofrece el menor peligro.



Se ha dicho que la conducción de la corriente por encima del suelo es peligrosa; pero esto que podría ser verdad si se tratase de corrientes alternativas de alta tensión, no lo es en los tranvías de que nos ocupamos, porque en ellos se emplean las corrientes continuas de tensión relativamente pequeña.

En cuanto á los gastos que suponen estos tranvías, el ahorro que en la explotación de los mismos se consigue, y que varía naturalmente según las condiciones de lugar (los americanos lo estiman en un 30 y hasta 50 por ciento sobre el gasto de los tranvías movidos por fuerza animal), compensa con creces el coste de instalación.

Nuestro grabado representa el tranvía de Londres instalado y explotado por el sistema que someramente hemos descrito.

***

LA PRIMERA EJECUCIÓN ELÉCTRICA

Después de los relatos publicados acerca de la primera ejecución eléctrica llevada á cabo el día 6 de agosto último en la cárcel de Auburn (Estados Unidos), creemos conveniente dar á conocer algunos datos sobre esta triste tentativa.

El aparato que sirvió para la ejecución se componía de una máquina de corrientes alternativas Westinghouse y de su excitador: estas dos máquinas, gobernadas por correas, eran movidas por medio de una transmisión intermediaria de una máquina de vapor de 45 caballos, situada en el segundo piso de la cárcel, á una distancia de 300 metros de la silla fatal. Los hilos de este dinamo, de corrientes alternativas, iban á parar á un cuadro de órdenes en el que había dos vóltmetros de Cardew, con sus resistencias adicionales, y 20 lámparas Edisson de 100 volts, montadas en tensión y en derivación sobre los bornes de la máquina, que indicaban, gracias á esto, cuando tenían su brillo normal, que había una diferencia eficaz de 1.000 volts entre los dos puntos en donde las lámparas estaban puestas. En la parte inferior del cuadro un amperémetro Bergman intercalado en el circuito general debía indicar la intensidad de la corriente que atravesaba el cuerpo del condenado: el cuadro contenía además dos conmutadores, uno destinado á intercalar las lámparas en derivación sobre la máquina, y otro, llamado el *conmutador fatal*, que servía para cerrar el circuito en la silla. Esta (fig. 2) estaba provista de correas para atar al paciente. La corriente de la máquina llegaba por la coronilla del cráneo (fig. 1) y por la espina dorsal por medio de dos electrodos que contenían una esponja húmeda, en la cual se perdían las extremidades desnudas del cable conductor. Tal es el aparato en que se sentó el desgraciado Kemmler.

Conocidos son los detalles de esta ejecución: la corriente interrumpida después de una aplicación de 17 segundos, la muerte aparente seguida de sonidos extraños que salían del pecho del hombre á quien todos creían muerto, la reanudación de la corriente, el terror de los asistentes al acto, etc.; no insistiremos, pues, en ellos, y nos limitaremos á consignar las opiniones de algunos sabios sobre el nuevo procedimiento para ejecutar la pena capital.

El doctor A. P. Southwick, autor de la ley relativa á la ejecución eléctrica, dice que la primera prueba de su sistema ha sido un triunfo, pues Kemmler ha muerto sin dolor.

El diputado Coroner Jenkins, que hizo la autopsia del cadáver, considera este sistema preferible á la horca, por ser más expeditivo y menos peligroso.

Mr. C. R. Barnes, á cuyo cuidado estaba el dinamo, dice que la ejecución de Kemmler fué un fracaso por no haberse tomado las debidas precauciones.

Mr. P. Cravath, consejero de la *Westinghouse Company*, manifiesta que el mal éxito de la ejecución podía ser previsto por todos los que se han tomado el trabajo de estudiar la cuestión: 1.º, porque había que emplear un dinamo, cuya fuerza no se podía comprender ni registrar; 2.º, porque los medios de medir la corriente no son siempre absolutamente seguros, y 3.º, porque por estas causas era imposible á los conductores de un dinamo conocer exactamente el efecto que una corriente eléctrica así transmitida podía producir en un objeto que se pusiera en contacto con ella.

Edisson, interrogado sobre este asunto, ha dicho: «En 1887 ya escribí que me asociaba de todo corazón á cualquier movimiento que tendiera á la abolición de la pena de muerte, añadiendo que de no abolirse debería aplicarse por el método más expeditivo y menos doloroso. Entonces señalé como medio más á propósito un dinamo de corrientes alternativas, opinión que todavía sustento. A juzgar por lo que han dicho los periódicos, la culpa de lo ocurrido en la ejecución de Kemmler es de los médicos que, procediendo según las indicaciones de la teoría, y sabiendo que la base del cráneo es el centro nervioso del sistema humano, han procurado herirla del modo más directo posible. En teoría tenían razón, pero la experiencia se la quitado. En ninguno de los treinta casos de muerte instantánea ocurridos en Nueva York y en los alrededores, la corriente ha sido aplicada á la cabeza, sino que por el contrario llegaba al individuo por las manos, y en ninguno de ellos ha pasado por la víctima una corriente de la mitad de intensidad que la que ha atravesado el cuerpo de Kemmler. La electricidad atraviesa los líquidos, y más especialmen-



Fig. 1. Primera ejecución eléctrica

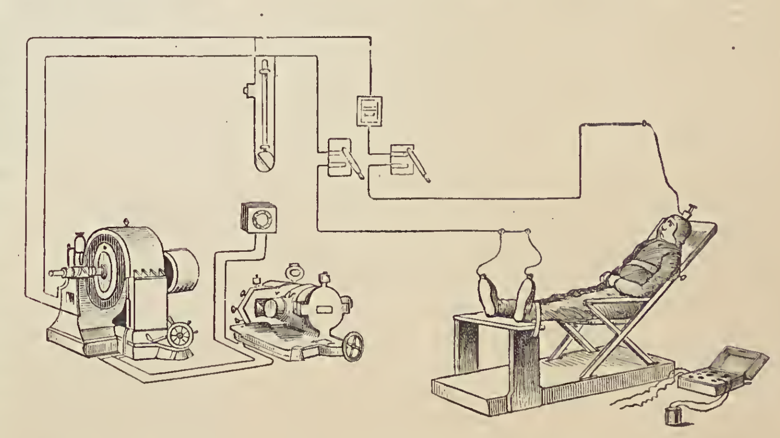


Fig. 2. Actitud del condenado á muerte Kemmler en el momento de su ejecución

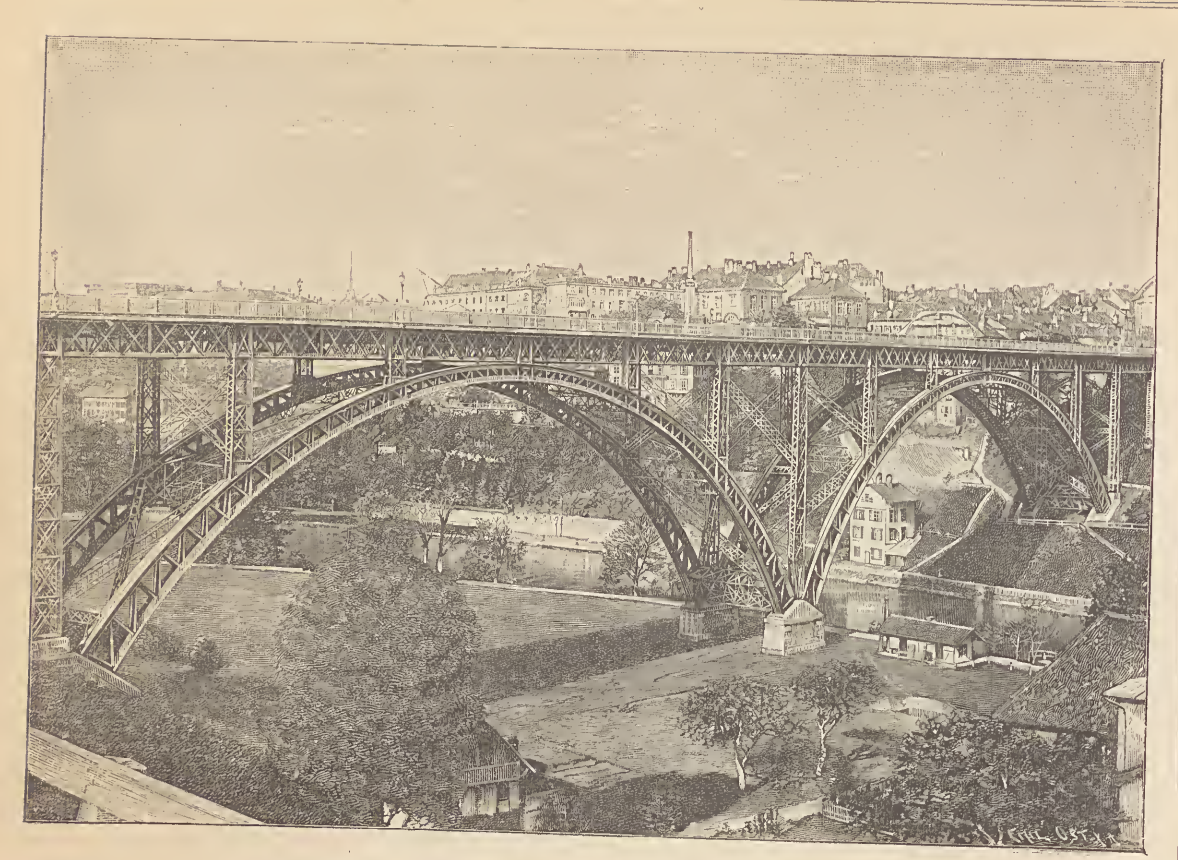


Fig. 1. El puente de Kirchenfeld, en Berna

te los líquidos salados del cuerpo humano, con mucha mayor facilidad que los huesos. Las manos bien limpias é impregnadas de soda cáustica constituyen un excelente conductor eléctrico por la gran cantidad de carne que tienen, al paso que los huesos son medianos conductores. Estableciendo los contactos en la parte más espesa del cráneo, los médicos han promovido voluntariamente un fracaso; no podían escoger una parte más desfavorable, pues los cabellos son también malos conductores y ofrecen una resistencia considerable al paso de la corriente. La piel de Kemmler ha sufrido quemaduras, lo cual indica que su cuerpo ha recibido una parte de la descarga relativamente pequeña: á haber recibido los 1.300 volts durante el tiempo indicado, habría sido carbonizado ó momificado... Por lo que toca á los movimientos respiratorios que se produjeron después de cerrada la corriente, creo que, á pesar de ellos, el reo estaba ya muerto, pues sabido es que análogos movimientos musculares se producen en los ahorcados. Kemmler, á menos de que se haya incurrido en graves errores, ha debido morir instantáneamente, y así creo que morirá el primero que vuelva á sentarse en la silla fatal.»

***

LOS PUENTES DE HIERRO

DESDE EL PUNTO DE VISTA ESTÉTICO

¿No pueden ser bellos los puentes de hierro? Esta pregunta parece necesaria en presencia de las grandes construcciones modernas, y si no ésta, puede formularse esta otra más grave: ¿por ventura es preciso que sean feos los puentes de hierro? Esto podrá preguntarse aquella parte de público que no concibe los progresos técnicos separados de lo que en otras esferas de la creación humana producen *la fuerza y la boca del espíritu*. Grandes concursos se anuncian cuando se trata de construir edificios para el Parlamento, catedrales, museos, etc., y en ellos los jurados estudian, con sentido eminentemente estético, hasta en sus más nimios detalles, el trazado de las líneas, las agrupaciones, las distribuciones de espacios y los efectos de las masas antes de pronunciar su veredicto que, á veces, por el solo hecho de no responder á las exigencias de la estética, rechaza trabajos que representan una suma enorme de estudios y cuidados. En cambio, para la construcción de puentes, sobre todo de hierro, nuestro fallo es mucho menos severo, á pesar de que éstos, como los templos y como los palacios, se construyen para que duren siglos. Así, por ejemplo, para nada tuvimos en cuenta las condiciones estéticas del puente que en Colonia cruza el Rhin, y esto que esa obra había de construirse no lejos de la hermosa catedral de dicha ciudad, orgullo de la nación alemana y admiración de cuantos la visitan; en aquella ocasión se prescindió por completo del chocante contraste entre la forma utilitaria, cruda, desprovista de toda elegancia, y la forma bella que tan bien armoniza con las aspiraciones del espíritu. Pareció entonces, y sigue pareciendo todavía, que la satisfacción de aprisionar á un río debajo de un puente, hizo dejar á un lado toda otra consideración. Todos los accesorios, inclusa la instalación de la excelente estatua ecuestre sobre la torre de las pilas, no bastan á armonizar lo que es desde su origen inarmonizable. Así lo estiman cuantos hoy contemplan esta obra.

Esta opinión ha servido de experiencia en otros puntos de la corriente del Rhin, puesto que en las ulteriores construcciones de puentes se ha atendido como se merecía la cuestión de forma, iniciando esta saludable reacción el primer puente de Coblenza, cuyos magníficos arcos demuestran que la antipática forma de los entrelazados no es la única que resuelve el problema técnico. En el segundo puente de Coblenza todavía se ha conseguido mayor belleza, aunque para ello hubo de prescindirse de la otra consideración, la de lugar, emplazándose el puente, no diagonalmente á la orilla, sino perpendicularmente, con lo que se vino á tratar al *sagrado* río ni más ni menos que si fuera un torrente que opusiera un obstáculo al trazado de un ferrocarril. El empequeñecimiento que con ello ha sufrido la comarca de Coblenza es sorprendente y lamentable, y hemos de confesar que la importancia de la vía férrea, estratégica antes que todo, hizo prescindir del interés estético; sin embargo, hízose á éste una no despreciable concesión con la hermosa forma de los arcos del puente.

En el puente del ferrocarril de Maguncia, gracias al sistema de Pauly, que ofrece gran amplitud en los tirantes y elevación en las líneas principales, consiguióse cierta belleza, por lo menos vista la obra desde lejos, aunque perjudicada por el número de arcos, que siendo par obligó á sentar una pila en el centro de la corriente.

Los puentes de las vías férreas por su magnitud é importancia son muy propios para formar escuela en todas partes é influyen poderosamente en la construcción de los puentes de otros caminos: algunas veces esta influencia ha sido perniciosa, ya que la construcción por medio del entrelazado, que es muy buena para las obras puramente de utilidad, ha sido empleada también en otras obras que fácilmente hubieran podido afectar forma más bonita. ¡Estaba tan bien determinada hasta en sus menores detalles la teoría de esos puentes! Como en virtud de los cálculos hechos podía apreciarse cuál había de ser el *mínimo* de los materiales que se necesitaban, de aquí que por este medio se llegara á la fijación de un máximo, que había de servir de norma para la aprobación de los proyectos que se presentaran para la construcción de puentes en las urbes. Y cuando algunos amantes de la estética que figuraban en las corporaciones municipales preguntaron tímidamente si con igual cantidad de materiales, ó con unos pocos más, se podría dar á los puentes una forma más bella, el autor del proyecto se encerraba en el baluarte de su taller de dibujo, y declaraba á poco: ¡que los puentes de hierro no pueden ser construídos de manera que resulten bellos!

Esta contestación, que ataba de manos á los que volvían por los fueros de la estética, encerraba tácitamente el principio de que al menor coste de materiales corresponden menores gastos de construcción, y ¿qué corporación parlamentaria podrá en nuestros tiempos resistir á este argumento? Sin embargo, mejor examinado este principio, resultó insostenible. Al prescribir estos puentes calculados al peso mínimo, las herrerías se equivocaron: calcularon, según costumbre, el precio que en el mercado tenía el mineral de hierro, la mano de obra, los transportes, etc., y las posturas presentadas vacilaron entre una y dos veces y media el valor de la oferta mínima. El empleo de materiales no podía, pues, ser el verdadero fundamento de aquel principio, y hubo, por ende, que buscarlo en otra parte, en lo cual se procedió acertadamente, ya que con ello recuperaron sus antiguos derechos las exigencias del buen gusto. Entonces se hizo aplicación de la experiencia en el entretanto adquirida y de los perfeccionamientos introducidos en los cálculos.

(Continuará)

F. Reuleux

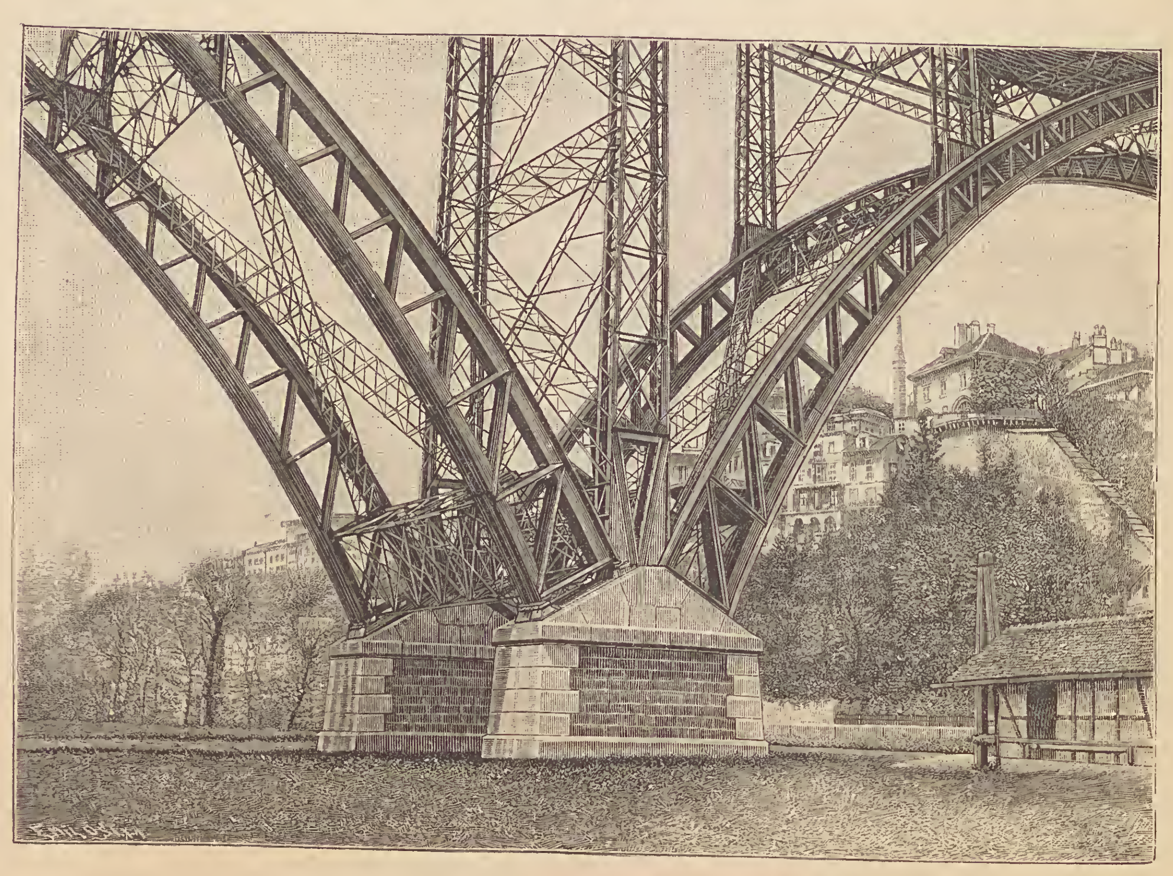


Fig. 2. Pila central del puente de Kirchenfeld, en Berna

TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard-Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)



– Ahora toca el turno al neófito. Recítenos usted su «Trinchera ante Sebastopol.»

Sin embargo, como buen caballo de guerra, como poeta de raza que era, Amadeo dominó su emoción y recitó con voz vibrante sus estrofas militares, al modo que un veterano en el ejercicio hace resonar la culata de su fusil.

El último verso del poema fué celebrado con un caluroso aplauso, y todos los oyentes se levantaron para rodear al poeta, felicitarle y verle de cerca.

– ¡Es soberbio!

– ¡Enteramente nuevo!

– ¡Tendrá un éxito enorme!

– ¿Qué más se necesita para levantar al público?

– ¡Recítenos usted algo más; sí, recite alguna otra cosa!

Y tranquilo, alentado, dueño del presente, Amadeo recitó una escena popular, en la que había derramado profusamente su ternura hacia los pobres. Luego declamó una de sus descripciones parisienses, después una serie de sonetos titulada «Esperanza de amor,» inspirados por su querida María, y dejó admirados á todos aquellos poetas por la facilidad y variedad de su inspiración.

A cada nuevo poema los aplausos estallaban como truenos. El corazón del joven dilatábase de alegría con el grato calor del éxito. Disputábanse todos el acercarse á Amadeo para demostrarle su admiración personal y estrecharle las manos. ¡Ay! algunos de los presentes debían más tarde afligirle con su baja envidia y sus traiciones; pero en aquel momento, en la generosa franqueza de la juventud y del entusiasmo, le aclamaron como á un maestro.

¡Qué noche tan embriagadora! Entre una y dos de la mañana, el poeta, con las manos ardorosas por los últimos apretones, el cerebro y el corazón embriagados por los vapores del elogio, volvió á grandes y alegres pasos al arrabal de Santiago, alumbrado por los mágicos juegos de una clara luna y arrullado por el fresco viento nocturno que hacía flotar sus ropas y que acariciándole el rostro le hacía creerse oreado por el propio soplo de la gloria.

XI

El éxito, que de ordinario es tan cojo como la justicia, corrió á paso gimnástico y dobló las jornadas para llegar al encuentro de Amadeo. Desde entonces el café de Sevilla y el cenáculo de los melenudos ocupáronse del naciente poeta. Su colección de sonetos, publicados por *La Avispa*, encantó á algunos periodistas, que reprodujeron varios en publicaciones muy leídas.

Por último, diez días después del encuentro de Amadeo y Jocquelet declamó éste «La trinchèra ante Sebastopol» en una espléndida representación dada en la Gaité á beneficio de un antiguo é ilustre actor dramático que á consecuencia de haberse quedado ciego vivía en la mayor miseria.

Esta solemnidad dramática, según el lenguaje empleado en el bombo, comenzó aburridamente. Asistía el público de costumbre en las representaciones extraordinarias: ese público gastado de espectáculos hasta la medula de los huesos, y que á consecuencia del calor de aquella noche de mayo, que hacía sofocante la atmósfera del teatro, sentíase aún más cansado é insensible que de ordinario.

Los periodistas dormitaban hundidos en sus butacas, y los rostros de las mujeres, casi verdes á fuerza de colorete, se destacaban sobre el fondo encarnado de los palcos, denunciando el abrumador cansancio de un largo invierno de placeres. Aquellos parisienses habíanse reunido allí maquinalmente, por obligación ó por costumbre, sin tener el menor deseo de hacerlo, como se reunían siempre, á modo de condenados perpetuamente «á las primeras representaciones» y tan inertes que ni siquiera sentían el horror de verse envejecer los unos á los otros.

Delante de este auditorio cloroformizado transcurría lentamente una función demasiado recargada, como es costumbre en esta clase de representaciones: trozos de obras archiconocidas, piezas de ópera caídas en desuso hasta en los organillos; y aquel público, siempre el mismo, veía desfilar á aquellos actores, los mismos de siempre, entre los cuales los más famosos eran los más monótonos, abusando los cómicos de su gracia, los enamorados hablando con la nariz, y la gran coqueta, la Celimene por excelencia, destilando su papel con tal lentitud, que cuando pronunciaba un advervio finalizado en *mente* hubiérase podido ir á beber un vaso de cerveza y fumar un cigarro antes de que ella acabara de proferir la susodicha palabra.

Pero el momento más letárgico de aquella adormecedora representación, fué cuando después de haber representado los actores del Teatro Francés pontificalmente un acto de tragedia, apareció de repente Jocquelet; Jocquelet, todavía alumno del Conservatorio, presentándose al público por vez primera y por excepcional favor. Jocquelet, totalmente desconocido, entablerado en su frac negro; Jocquelet, demasiado bajito, á pesar de los dos juegos de Whist que había introducido en sus botas. Presentóse con desparpajo, empinándose sobre sus espolones, levantando hacia el gallinero su cara de perro dogo; y con su voz capaz de derribar las murallas de Jericó y de resucitar á los muertos de Josafat, declamó de un solo tirón, pero con inteligencia y actitudes heroicas, el poema de su amigo, que produjo gran efecto. Aquel actor descarado, vulgar, pero de órgano poderoso; aquellos versos tan pintorescos y modernos, constituían un conjunto nuevo (nuevo, fíjense ustedes) que fué una buena sorpresa para aquel público saturado de antiguallas. ¡Dos cosas nuevas á la vez! ¡Descubrir un poeta inédito y un cómico no visto todavía: morder en dos frutos verdes! Todo el mundo sacudió su letargo. Los periodistas hipnotizados se despertaron, las señoras, exangües y cayéndose de sueño, recobraron un poco de animación; y cuando Jocquelet hubo recitado el último verso, todo el mundo aplaudió hasta romper los guantes.

Detrás de un bastidor del teatro, medio oculto en un biombo hecho de antiguos carteles, Amadeo Violette oyó con delicia el lejano ruido de los aplausos, parecidos á una tempestad de granizo. Apenas se atrevía á dar crédito á sus oídos: ¿era verdaderamente su poema lo que producía tan grande emoción que deshelaba á aquel helado público? Mas pronto dejó de dudar: Jocquelet, que había sido llamado tres veces á escena, se precipitó en los brazos del poeta, acercando á la de éste su cara empapada en sudor.

– Y bien, chiquito, ¿qué tal, eh?, – gritó reventando de gozo y vanidad. – ¿Has oído cómo les he endilgado eso?

Inmediatamente, veinte, treinta, cien espectadores vinieron de la sala á la escena. La mayor parte de ellos, correctamente vestidos y con corbata blanca, llegaron con apresuramiento y aire satisfecho pidiendo ver al autor del poema y á su intérprete, y haciéndose presentar, les felicitaron con frases entusiastas y apretones de manos. Sí, fué un éxito, éxito instantáneo, estrepitoso: fué esa flor tropical de la estufa parisiense, que brota muy raras veces, pero espléndida, al ruido del trueno.

Un hombre grueso, vulgar, con cara de verdugo, que llevaba soberbios brillantes en la pechera, vino á su vez á estrechar la mano de Amadeo, y con voz ronca, voz de gnomo, que hubiera sido excelente para vender cerraduras de seguridad ó billetes más baratos que en el despacho, pidió á aquél el texto de su poema, diciéndole:

– Es para insertarle en la primera página de mi número de mañana, joven; tiro ochenta mil ejemplares... Víctor Gaillard, director de *El Estrépito*... ¿Creo que le convendrá á usted?

Y le arrebató el manuscrito sin escuchar al poeta, que le daba las gracias, estremeciéndose de alegría al considerar que su obra había inspirado aquel ca-

pricho al más famoso bombista de la prensa, al primer reclamista de Francia y Europa, y que sus versos serían colocados ante los ojos de doscientos mil lectores.

Sí, aquello fué un éxito, y Amadeo experimentó la primera amargura desde el día siguiente, cuando entró en el café de Sevilla, adonde solía ir cada dos ó tres días, á la hora del ajenjo. Se habían publicado sus versos aquella mañana en *El Estrépito*, impresos en tipo de anuncios, precedidos de algunas líneas encomiásticas, redactadas por Víctor Gaillard á son de tambor. Desde que Amadeo entró en el café, notó que era objeto de la atención general, y los melenudos líricos le acogieron con bravos y aclamaciones; mas, por cierta expresión de fisonomías, miradas de reojo y sonrisas forzadas, el impresionable joven sintió con súbita tristeza que ya le envidiaban.

– Ya se lo había advertido á usted, – le dijo Pablo Sillery, llevándole á un rincón del café, – nuestros amiguitos no están contentos, y es natural. La mayor parte de esos rimadores, preciso es confesarlo, sólo son artífices en *dublé*, y tienen envidia al maestro platero... Sobre todo haga usted como que no lo nota; pues no le perdonarían el haberles adivinado sus malos sentimientos... Además es necesario ser indulgente. Usted tiene su hermosa charretera de teniente coronel, no sea duro con los pobres rancheros. Ellos, en suma, también combaten por la bandera de la poesía, y el nuestro es un regimiento de miseria. Ahora debe usted aprovechar la vena, puesto que es célebre durante veinticuatro horas... Vea usted, hasta los políticos le miran con curiosidad, con la barba hasta el pecho; y sin embargo, el poeta en la consideración de esos austeros ciudadanos no es más que un ser inferior é inútil: sólo y á duras penas admiten á Víctor Hugo, y eso porque ha escrito los *Castigos*... Es usted el hombre de moda; no pierda el tiempo. He encontrado hace un momento en el boulevard á Massif, el editor del Pasaje de los Príncipes, que ha leído *El Estrépito*, y le espera á usted: llévele mañana todos sus versos, con los que habrá para hacer un tomo. Massif le publicará por su cuenta, y podrá darse á luz dentro de un mes. Usted no volverá á domesticar á ese animal de Gaillard, que sólo ha podido tener por usted un pasajero capricho de turco; pero no importa, conozco los versos de usted, y estoy seguro del éxito. Está usted en camino. ¡Adelante, pues! Decididamente, soy mejor de lo que me creía, porque la buena suerte de usted me satisface.

Las palabras de este amable compañero disiparon fácilmente la impresión penosa que acababa de experimentar Amadeo. Por otra parte, hallábase en una de esas horas de embriaguez, en las que no se admite que exista el mal. Se detuvo un rato con los poetas, esforzándose por tratarles con mayor amistad que nunca, y les dejó, persuadido ¡niño inocente! de que les había desarmado con su modestia. Lleno de impaciencia por hacer partícipes de su satisfacción á sus amigas las señoras Gerard, subió á buen paso hasta lo alto de Montmartre y llegó á su casa á la hora de comer.

No le esperaban, y sólo tenían aquel día una sopa de hierbas y un resto del guisado de la víspera, remendado con pepinillos; pero Amadeo llevó un pastel, según costumbre, y además dos salsas que harán siempre que parezca delicioso el más lacedemonio *menú*: la dicha y la esperanza.

En la calle de San Pedro habían leído los periódicos, y estaban enterados de que el poema fué aclamado en la Gaité; y habíanle visto impreso vivito y coleando... Estaban todas tan contentas, que besaron al poeta en ambas mejillas. La mamá Gerard se acordó entonces de que aun tenían en la cueva seis botellas de añejo Chambertín, y aun cuando se hubiera interpuesto la fuerza armada, no habría conseguido impedir que la excelente mujer, tomando su llave, bajara á buscar las susodichas botellas, llenas de polvo y telas de araña, para beber á la salud del triunfador. En lo tocante á Luisa, no cabía en sí de gozo. En varias casas de las en que daba sus lecciones habían hablado delante de ella de los hermosos y admirables versos publicados por *El Estrépito*, y estaba muy orgullosa (¿lo oyen ustedes?) de pensar que el autor era amigo suyo. Pero lo que colmó la satisfacción de Amadeo, fué que María por vez primera pareció interesarse por la poesía, y lo repitió varias veces, con cierto airecillo vanidoso, con frases como estas:

– ¿Sabes, Amadeo, que es muy bonita esa batalla tuya?... De modo que vas á ser un gran poeta, un hombre célebre... ¡Tienes un porvenir soberbio!

¡Ah! ¡Cuán dulces y halagüeñas esperanzas llevóse el poeta aquella noche á su desván del arrabal de Santiago! Esas esperanzas que le hicieron gozar de hermosos sueños, aun perfumaban su pensamiento al siguiente día cuando la portera le subió dos cartas.

¡Todavía más felicidad! La primera contenía dos billetes de cien francos, con una misiva de Víctor Gaillard, en la que felicitaba de nuevo á Amadeo, y le pedía para el periódico algunas cuartillas de prosa: una novela, una fantasía, lo que él quisiera. Bajo el otro sobre reconoció, dando un grito de alegre sorpresa, la letra de Mauricio Roger.

«Acabo de llegar á París, mi querido Amadeo, – escribía el viajero, – y parece como que tu éxito me ha dado la bienvenida. Necesito abrazarte pronto, y expresarte cuán dichoso soy. Ven á buscarme á las cuatro á mi cuartito de la calle de Monsieur-le-Prince. Comeremos juntos, y no nos separaremos en toda la noche.»

¡Ah! ¡Cómo amaba el poeta la vida aquella mañana, hallándola tan dulce y tan buena! Vestido con su traje de fiesta, baja alegremente por la antigua calle de Santiago, embalsamada por los manojos de espárragos y los cestos de fresas de las fruteras. Llega al boulevard de San Miguel, compra una linda corbata para hacer honor á la primavera, y luego en el café de Voltaire, donde almuerza, cambia su segundo billete de cien francos para sentir en su bolsillo, con infantil placer, los hermosos luises de oro, que debe á su trabajo y á su éxito. Después entra en el ministerio, en donde el jefe de su negociado, hombre muy corriente que canta estribillos en las grandes comidas, le felicita por su poema, dando pie á que Amadeo le pida permiso para salir á las doce con el objeto de llevar sus versos al editor.

Vedle de nuevo en la calle al claro sol de mayo. Con aspecto de nabab toma por horas un coche abierto y se hace conducir al Pasaje de los Príncipes, á casa de Massif. El editor de los jóvenes, tan conocido por su magnífica barba negra y su inmenso cráneo calvo, sobre el cual un bromista le ha aconsejado que pegue sus carteles de anuncios; el editor de los autores audaces de libros de sensación, que ha compartido con Carlos Bazile, el poeta de los *Endemoniados*, el honor de estar preso en Santa Pelagia, hace entrar á Amadeo en su gabinete, adornado de aguas fuertes y de hermosos relieves. Al principio recibe al joven con frialdad en atención á su delgado semblante de rimador; pero el poeta le dice su nombre, Amadeo Violette, y de repente aquél le tiende la mano, con una sonrisa de satisfacción y con ávida mirada de inteligente y experimentado.



Amadeo le entrega su manuscrito y Massif le abre.

«Veamos... Perfectamente... Con los blancos y con los títulos podremos llegar á las doscientas cincuenta páginas.»

Y se hace el negocio redondo. ¡Pronto, una hoja timbrada! Massif costeará una primera edición de mil ejemplares, y si se tiran más (que sí se tirarán) dará al poeta cincuenta ejemplares. Amadeo firma sin leer; sólo pide que el libro se publique inmediatamente

«Pierda usted cuidado, mi querido poeta, dentro de tres días recibirá las primeras pruebas y dentro de un mes nos daremos á luz.»

¿Será posible? ¿No sueña Amadeo? ¡El, el hijo del pobre Violette; él, el empleadillo de oficina, verá impreso su libro en seguida! Los lectores, esos amigos desconocidos, se conmoverán con sus emociones, y sufrirán con sus sufrimientos. Los jóvenes le amarán hallando en sus rimas un eco de sus sentimientos. Las mujeres meditarán, señalando con el dedo y repitiendo en voz baja una estrofa preferida, que las acariciará el corazón. ¡Ah! Tiene necesidad de hacer partícipe de sus emociones á un amigo verdadero.

– ¡Cochero!, calle de Monsieur-le-Prince.

Sube de cuatro en cuatro escalones la escalera de casa de Mauricio. La llave está en la puerta. Entra. El viajero se encuentra allí de pie entre el desorden de las maletas abiertas.

– ¡Mauricio!

– ¡Amadeo!

¡Qué abrazo! Permanecen mucho tiempo con las manos entrelazadas mirándose con una sonrisa de felicidad.

Mauricio está más seductor, más gracioso que nunca. Su belleza se ha hecho varonil y su rubio bigote resplandece sobre su fina tez. ¡Qué amable joven! ¡Cómo se regocija por el primer éxito de su amigo!

– Estoy seguro de que tu libro va á trastornar las cabezas. Siempre he dicho que eras un verdadero poeta... Ya verás.

Mauricio está también muy contento. Su madre le dispensa de acabar su carrera y le permite seguir su vocación. Va á alquilar un estudio y á pintar, según se decidió en Italia, en donde la señora de Roger fué testigo del entusiasmo de su hijo ante las obras maestras. ¡Ah! ¡Italia! ¡Italia! Y refiere su viaje enseñando á Amadeo los mil objetos que ha traído y que casi obstruyen la habitación. Da vueltas entre sus dedos á una figurita de barro que es una reducción del Antinoo del Museo de Nápoles, abre una cartera llena de fotografías, la hojea al azar, y se la da á su amigo con exclamaciones de admiración retrospectiva.

– Mira: el Coliseo... Las ruinas de Pœstum... Este cuadro antiguo del Vaticano... Ese fresco de Miguel Angel... ¡Eh! ¿Qué tal? ¡Es hermoso!

Y al mirar las fotografías recuerda las impresiones que le produjeron los originales. En aquel jardín Bobolí de Florencia había una turba de colegiales, con calzones cortos y zapatos con hebillas como los abates de otro tiempo; era verdaderamente una diablura el ver jugar al paso á aquellos sacerdotes infantiles... Y allí, en la *Riva dei Schiavoni*, había seguido á una veneciana... ¡Oh, qué veneciana!...

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

El favorito, grupo escultórico de G. van der Straeten. – Las escenas de la vida moderna tienen un hábil reproductor en van der Straeten, tanto que aun en París, en donde tanto abundan los que con excelente éxito á este género se dedican, sus trabajos llenos de vida han llamado poderosamente la atención.

Van der Straeten nació en Gante, y su padre, abogado, quiso dedicarle á la carrera jurídica, pero el sentimiento artístico era en él más poderoso que la afición al estudio del derecho, así es que después de algunos años de ejercer la abogacía, se trasladó en 1883 á París, en donde se consagró exclusivamente á la escultura. Desde 1884 fué expositor asiduo en el Salón, siendo objeto de general aplauso sus obras, llenas de vida y de gracia. Entre las más notables pueden citarse *Pierrot y Pierrette*, *Idilio*, *Primavera*, *El billete amoroso*, etc.

Este último lo conocen nuestros lectores, porque lo reprodujimos en el número 454 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

El favorito merece sin duda figurar entre las más notables obras de este escultor; difícil, por no decir imposible, ha de ser imaginar grupo en que la sencillez, la naturalidad y la belleza aparezcan más armónica y artísticamente reunidas. La actitud de las dos figuras, la dulce expresión de la joven, la perfección de las líneas que marcan sus hermosas formas, y sobre todo el *chic* que, así en los detalles como en el conjunto, se refleja, son cualidades tan salientes en esta escultura, que hacen inútil toda ponderación, porque al primer golpe de vista se descubren.

***

Virgen adorando al Niño Jesús, relieve en mármol de Mino da Fiesole, existente en el Museo de Berlín. – El escultor florentino Mino da Fiesole fué uno de los más grandes artistas de su tiempo; nació en la ciudad de Fiesole en 1430, estudió bajo la dirección de Desiderio de Settignano, autor de famosísimas imágenes que adornan las iglesias de Florencia y de hermosos bustos de damas notables de la aristocracia florentina. El discípulo nada tuvo que envidiar al maestro, pues sus obras le conquistaron imperecedera gloria. Mino falleció en 1486.

El Museo de Berlín, en donde recientemente, gracias al celo é inteligencia de su infatigable director el Dr. Bode, se ha organizado y ampliado notablemente la sección de esculturas procedentes del Renacimiento italiano, estima como una de sus más preciadas joyas el bellísimo relieve que reproducimos, y cuyas figuras, trazadas con sobriedad extrema, ostentan en toda su pureza la gracia, la corrección y la dulzura que han inmortalizado aquel período en que brillaron Donatello, Michelozzo, Riccio, Verrocchio y el imponderable Miguel Angel.

***

Contemplación, tomado de *The Illustrated Sporting and Dramatic News*. – El hermoso grabado que reproducimos no necesita ser descrito: la figura en él representada expresa tan bien lo que el autor se propuso, que basta contemplarla para hacerse perfecto cargo de ese estado especial del ánimo que se llama contemplación, estado puramente emocional, antecedente de la reflexión, pero no la reflexión misma, como ha dicho un distinguido filósofo español contemporáneo.

En cuanto á la parte artística, esta obra contiene primorosas bellezas de dibujo y de composición, que indudablemente la hacen acreedora á un puesto principal entre los productos de la escuela inglesa.

***

Después de la corrida, cuadro de D. Juan de Guzmán. – Este cuadro, el segundo que del distinguido pintor granadino honra las columnas de nuestro periódico, confirma en un todo el juicio que acerca del autor emitimos en el número 432 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de la publicación de *El recovero*.

La escena no puede ser más española, y el lugar en que se desarrolla y los dos personajes que en ella intervienen son andaluces por sus cuatro costados; aquel patio al que da ingreso el típico arco, alegrado por los cantos del jilguero que se rebulle en estrecha jaula y por el macizo de plantas, cuyas ramas se elevan hasta besar las flores que puestas en rústicas macetas guarnecen el alféizar de la ventana; aquella cabeza de toro, recuerdo de alguna estocada por todo lo alto ó quizás de algún luctuoso drama; aquel picador que trasiega al estómago el contenido de un no pequeño jarro, ahogando en los vapores del vino los dolores de las costaladas sufridas y las zozobras por el incesante peligro pasadas, y aquella barbiana, ejemplar precioso del tipo agitanado, una de esas mujeres que sólo el cielo y las pasiones del Mediodía engendran, desnudando á su torero y escuchando, con mezcla de admiración y de angustia, el relato de las peripecias de la lidia y las proezas realizadas por su hombre, todo dice á voz en grito: España, Andalucía.

¿Qué mejor aplauso puede solicitar nuestro querido colaborador que ver que esas impresiones que con nosotros compartirán sin duda cuantos vean su obra?

NOTICIAS VARIAS

UN CONCURSO DE ARQUITECTURA MODERNA. – Los palacios levantados en el Campo de Marte de París con sus formas nuevas y con el empleo en ellos de materiales inesperados, han demostrado cuán sin razón se afirmaba que la arquitectura del siglo XIX carecía de estilo. La falta de originalidad que se echa en cara á nuestros artistas depende exclusivamente de la falta de medios para impulsarla, que es consecuencia de la diversidad entre las condiciones en que el artista trabajaba en otro tiempo y las que en la actualidad se le imponen.

Antes de que una instrucción politécnica diera á los que la siguen conocimientos superficiales, pero generales, todo el mundo se confiaba á los especialistas en aquello que se salía de la esfera de sus ordinarias ocupaciones. El ciudadano de la clase media, lo mismo que el gran señor, dejaban en completa libertad al arquitecto. ¡Cuánto ha cambiado la situación de éste desde que cada cual se cree capaz de dirigirlo todo! Hoy se le impone un tipo y se le obliga á ampliarlo, á reducirlo, pero sobre todo á imitarlo, y al obrar así, los clientes sólo pueden escoger entre los tipos existentes, puesto que carecen de la experiencia y de los conocimientos técnicos indispensables para la creación de formas nuevas. ¿Cómo es posible que el siglo XIX tenga un estilo propio si todo contribuye á esterilizar la imaginación de los artistas? Si nuestros arquitectos hubiesen gozado de la libertad de acción que se concedía á sus predecesores, nuestras necesidades, completamente transformadas, les habrían hecho sin duda encontrar formas apropiadas al estado de civilización actual.

En presencia de esta situación, la *Encyclopédie d'architecture* ha dirigido recientemente un llamamiento á todos los arquitectos franceses para que acudan al concurso que organiza con la esperanza de demostrar que la imaginación no ha muerto en Francia, sino que, por el contrario, ha conservado todo su ingenio y toda su energía. La característica de este concurso es *libertad absoluta* para cuantos en él tomen parte; no se les impondrá programa alguno, siendo admitidos los proyectos de casas de renta, hoteles particulares, edificios públicos, edículos, en suma todos los proyectos que sean inéditos. Las condiciones de ejecución de los trabajos, sus dimensiones, escalas, fechas de envío, etc., serán indicadas á los interesados por la *Encyclopédie d'architecture*. Todos los dibujos interesantes serán publicados en esta revista, y un jurado, compuesto de los señores Bailly, de Baudot, Carlos Garnier, de Joly, Lheureux, Lisch, Moyaux, Narjoux, Raulin, Sanvageot, Selmersheim y Vaudremer, distribuirá la suma de 2.000 francos en premios que podrán llegar al máximo de 500 francos.

Aplaudimos de todo corazón la feliz iniciativa de la *Encyclopédie d'architecture*, pues con ella se fortalecerán más los lazos ya tan estrechos que unen al arte y á la ciencia. La gran competencia y la absoluta imparcialidad del jurado llamado á dar su veredicto en este concurso nos parecen garantía del mejor éxito.

***

UN TROZO DE GRANITO MONSTRUOSO. – La *Bodwell Granite Company*, de Vinalhaven (Maine) ha extraído recientemente de sus canteras un bloque de granito que, á creer lo que dice la revista *Iron*, es el trozo de piedra más grande que hasta ahora se ha sacado de una cantera.

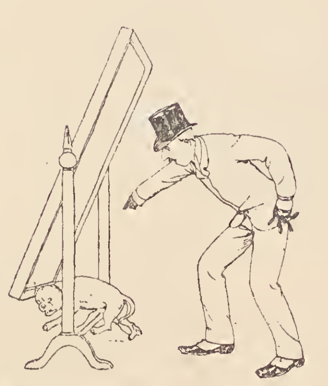
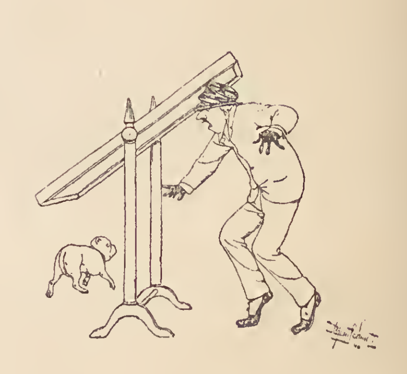
Si se procede á su erección, constituirá el monolito de piedra sólida más alto, más ancho y más pesado de cuantos han existido, ó por lo menos de cuantos se conserva memoria. Su altura es superior á la de los mayores obeliscos egipcios: en efecto, el más elevado de éstos, que fué transportado por Constantino desde Heliópolis á Alejandría y de allí á Roma, en donde todavía se conserva, tiene 105 pies (32 metros) de altura, mientras que el monolito moderno tiene 115 pies (35 metros) de longitud, 10 (3'1 metros) de anchura en su base y pesa 850 toneladas.

La *Bodwell Granite Company* ha extraído este monolito por su propia iniciativa, no por encargo de nadie, y para aprovechar este raro hallazgo se suscita el proyecto de que el Estado del Maine lo ofrezca como donativo particular suyo para el monumento que se erige en América en honor del general Grant.







EL ESTRENO DE UN SOMBRERO

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Acta de la sesión solemne de la Sociedad de Amigos del País de Santiago, celebrada en 26 de julio de 1890. – Con motivo de la adjudicación de premios á los alumnos que concurren á las escuelas de esa Sociedad, pronunció el ilustre Director de la misma, el Exmo. Sr. D. Joaquín Díaz de Rábago, un elocuente discurso sobre «La jornada internacional de las ocho horas.» Empieza señalando la importancia de la cuestión social, se ocupa luego de la intervención que debe tener el Estado en el régimen de la industria en lo que afecta al trabajo de las mujeres y de los niños, sin incurrir en las exageraciones del socialismo, estudia las huelgas en todas sus fases y efectos, habla de la misión del Estado cuando se trata del trabajo de los adultos, analiza con imparcial criterio los problemas de la duración de la jornada y de la cuantía del salario, hace una crítica razonada de las teorías socialistas y termina llamando la atención sobre los peligros que la cuestión obrera entraña para nuestra producción nacional y para la clase trabajadora de nuestro país.

El discurso del Sr. Díaz de Rábago, escrito en estilo claro, castizo y elegante, y lleno de sanos pensamientos, de profundas observaciones y de prudentes consejos, dirigidos al capital y al trabajo, merece ser leído y meditado por cuantos se interesan por el problema social, hoy preocupación constante de los filósofos, de los economistas y de los políticos.

Contiene, además, el folleto una bien escrita é interesante Memoria, redactada por D. Salvador Cabeza León, Vicesecretario general de la Sociedad, referente á la vida de ésta durante el año 1889-1890. De los datos en ella contenidos se desprende cuán bien sabe llenar su complejo cometido la Sociedad Económica de Amigos del País de Santiago.

El Municipio. Estudio histórico-filosófico-legal, por D. Ramón Forn y Bellet. – Abarca este libro cuatro partes: 1.ª, origen del Municipio; 2.ª, el Municipio en España; 3.ª, acción del Municipio en la sociedad; 4.ª, el Municipio según la ciencia, y en todas ellas hace gala el autor de sólidos conocimientos en esta importantísima materia, resultando del conjunto una obra completa y notable dentro del espíritu autonomista en que está inspirada. El Sr. Forn, Abogado y Notario de los Iltres. Colegios de Barcelona y Archivero general de protocolos del distrito de Valls, deseoso de traducir en preceptos concretos los principios científicos por él defendidos, termina su obra con un proyecto de Ley municipal, digno de estudio por más de un concepto.

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para La Ilustración Artística y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

***

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la Ilustración Artística, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

Imp. de Montaner y Simón